CAPÍTULO I

— Los vínculos —

1

Agatha desafiaba al viento como una flecha veloz. Las crines flameaban y se enredaban con el aire húmedo del lago. El golpe de las pezuñas en la tierra mojada entonaba ese compás único que tiene el galope de un caballo, ese sonido inspirador y libre, tanto como la libertad misma.

Eros tomaba las riendas de su yegua con firmeza, mientras su cuerpo daba brincos sobre la montura, le desbordaba la satisfacción de cabalgar aquel animal.

El sol del mediodía ya se había posado minutos atrás, justo cuando habían partido del faro del sur, lo que anunciaba que el entrenamiento con los grandes maestros estaría a punto de comenzar.

El tiempo apremiaba, sin embargo, Eros decidió hacer una pequeña pausa antes de abandonar el camino del lago. Agatha se arrimó a la orilla y bebió agua fresca con intensidad. La yegua pertenecía a una de las razas más valoradas por la realeza, era un espécimen único y bello, de gran musculatura y pelaje blanco con crin y cola plateadas.

El joven se acercó a ella y le acarició el lomo dándole algunas palmadas. La miraba con devoción, pero con un dejo de melancolía. El día de la gran ceremonia se acercaba y la despedida era inminente.

Durante ese instante, varias imágenes se le vinieron a la mente. Recordó la primera vez que la había montado, era apenas un aprendiz de espadachín y al menos pesaba diez kilos menos de masa muscular. En aquel entonces, Agatha había sido relegada de las primeras filas, la yegua tenía diez años y se recuperaba de una grave lesión en una de sus patas. Ya no sería tenida en cuenta para las próximas campañas, y, como otros caballos, era designada como auxiliar de entrenamiento de reclutas, sólo apta para las prácticas en los campos de aprendizaje.

No era su primer contacto con el animal, pues su padre, un criador de caballos, había vendido a Agatha a un caballero de la nobleza. Eros era apenas un niño, pero contribuía con las tareas del establo y, el mismo, se había dedicado a criar a la potrilla en sus primeros años de vida. Por lo que al reencontrarse con el animal sintió una unión inmediata. Desde entonces se encargó de sus cuidados, y la yegua lo retribuyó con un alto rendimiento en cada uno de los entrenamientos.

Dejando de lado aquellas memorias, tomó a su yegua y recuperó la marcha rumbo al castillo. Durante un kilómetro y medio avanzaron sin interrupciones hasta llegar al final del camino del lago, donde se abría una bifurcación. Hacia el sur comenzaba la ruta real, la senda con destino al castillo del rey Gregor. Hacia el oeste, el camino de los miedos. Ese pasaje ya no era transitado ni por el caballero más valiente. Alguna vez esa vía conducía hacia las tierras altas, pero la ira de los dioses desató la peor maldición sobre ese lugar.

Eros y Agatha avanzaron por la ruta real durante varios minutos. El camino se encontraba perfectamente llano, ideal para el tránsito de carruajes. A ambos lados resaltaba la belleza de un extenso muro formado por árboles emperatriz, el favorito del rey por sus copas elegantes. Durante la primavera una hermosa flor brotaba de sus ramas cubriendo de un color morado intenso todo el follaje, el cual iba mutando a un color oxido con el devenir del otoño. Las copas de los árboles se unían en lo alto de manera que no se distinguía donde terminaba una y comenzaba otra, creando una especie de túnel natural formado por la espesa vegetación.

Atravesaron esa bella ruta hasta llegar a las puertas del castillo. Dos torres colosales se desprendían verticalmente como guardianes de roca custodiando la entrada. Un puente de madera conectaba la orilla de la laguna que circundaba el fuerte con la puerta principal, la cual estaba construida con madera de roble y gruesas vigas de hierro. Sobre el frente, se distinguía un enorme escudo con un dragón enroscado sobre una gran espada, el símbolo que representaba al reinado del Sur.

Cruzaron el puente y, mientras atravesaban la entrada, Eros hizo una reverencia a los guardias que estaban apostados a cada lado del ingreso. Uno de ellos, el caballero Jensen, un viejo amigo de su padre, le hizo un gesto para que se diera prisa. La jornada de entrenamiento ya había comenzado y Eros estaba llegando retrasado.

Luego, a trote firme, se dirigieron rumbo a la armería. El viejo Bjorn tenía todo listo, una añeja armadura de mil batallas, una lanza un poco oxidada y las protecciones para el caballo. Interceptó a Eros con la vista y soltó un gesto de fastidió, le entregó el equipo de entrenamiento y con cara de pocos amigos gruño algunas palabras.

–¡Jóvenes! Quién los entiende. Llegas tarde otra vez –exclamó mientras bufaba por lo bajo.

–Ya lo sé, no volverá a pasar –afirmó al momento que tomaba las armaduras y le guiñaba un ojo.

–Estás a punto de convertirte en un guerrero, no lo estropees –concluyó mientras se daba la vuelta y continuaba ordenando otros objetos.

Eros montó a su yegua y enfilo con prisas hacia el campo de entrenamiento.

2

Eros tiró de las riendas, y mantuvo firme y al frente la lanza. Agatha comenzó a galopar en una explosión de energía, dejando una enrome polvareda a su paso. Con dientes apretados y concentración sólo se enfocó en el objetivo. «Soy un guerrero, soy un guerrero», se repetía el joven.

Cuando el oponente ingresó en zona de choque, práctico un giro brusco con el arma bloqueando su ataque, y luego impactó la punta de la lanza en la armadura. El movimiento fue preciso, el caballero salió despedido del caballo y rodó por el suelo.

Eros detuvo a la yegua y corrió hasta la posición de su adversario, preocupado, lo ayudó a quitarse la máscara de hierro.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Eros y le extendió la mano.

–Sí, no te preocupes –exclamó Aron, uno de los más jóvenes de los aprendices, mientras se levantaba aún dolorido por la sacudida.

–Perdón, creo que fui muy duro –se excusó Eros. Más allá de las disculpas, sabía que si su oponente hubiera podido dar ese golpe sin dudas lo hubiera hecho también. De todos modos, sintió algo de culpa por la caída, había sido muy estrepitosa. La maniobra fue tan limpia y eficaz, que despertó la atención de Lord Sigurd, quien estaba a cargo del entrenamiento.

El maestro guerrero se acercó a Eros y lo miró fijamente a los ojos. Su expresión siempre había sido implacable, rara vez se escapaba un gesto de aquel rostro de piedra. Sin embargo, una sutil mueca de aprobación parecía abrir un vestigio de emoción.

–Buen golpe muchacho –El elogió le había llenado el pecho de orgullo a Eros. Sigurd nunca regalaba halagos, sin dudas estaba impresionado con su rendimiento.

–Se nota que has trabajado duro, y tu crecimiento ha sido el esperado –continuó mientras apoyaba su mano en uno de los hombros de Eros–. Recuerda que de nada servirá alcanzar un gran nivel si no puedes mantenerlo –exclamó con severidad, luego un poco más relajado continuó–. Fuiste el mejor de la unidad de aprendizaje, y voy a recompensar tu esfuerzo –dijo e hizo una pausa para generar un poco de suspenso, mientras tanto, disfrutaba el gesto de intriga que se dibujaba en el rostro del joven–. Esta tarde podrás ocupar el puesto de vigía de la torre del homenaje.

–Será un honor señor –respondió con gran asombro, no esperaba tal recompensa. Aún sin ser oficialmente un guerrero, iba a tener la posibilidad de asumir una responsabilidad propia de la guardia real.

–Te lo ganaste –concluyó y convocó al resto del grupo. Los jóvenes se fueron acercando de a uno a paso lento. Se mostraban algo extenuados, el entrenamiento había sido muy intenso. Faltaban días para el reto final y los ejercicios eran muy exigentes.

Todos se reunieron en una especie de ronda, donde Sigurd se situó en el centro y tomó la palabra.

–Jóvenes aspirantes, futuros guerreros –comenzó el discurso mirando a la cara a cada uno de ellos. Su mirada penetrante parecía cautivar los ojos de aquellos jóvenes.

–Están a punto de tener la oportunidad de sus vidas. Pertenecer a la guardia real es el mayor honor que un hombre puede alcanzar –afirmó alzando la voz–. De ustedes depende convertirse en verdaderos guerreros, o deambular por este pueblo como alguien más, lamentándose toda su vida por no haber cumplido sus sueños –concluyó categóricamente. Luego tomó una medalla que colgaba del pecho de su armadura, donde lucía numerosas condecoraciones que representaban todo tipo de conquistas personales, entre batallas ganadas y grandes ascensos. Sigurd había sido un importante guerrero, uno de los más renombrados por la milicia. Retirado de aquella actividad, hoy se dedicaba a formar futuros soldados, transmitiéndole su experiencia e inculcándoles el orgullo de defender las tierras del reinado del Sur.

Pero aquella medalla que sostenía en su mano, no era una insignia más, era el distintivo que había ganado al convertirse en guerrero real, cuando era un aprendiz y mantenía las mismas ilusiones que los jóvenes que tenía frente a él.

–Esta medalla es la más importante de todas, sino fuera por esta conquista, ninguna de las demás hubieran sido posibles –anunció mientras recorría el circulo exhibiendo el galardón a escasos centímetros de las narices de sus discípulos.

–Ahora deben alcanzarla ustedes, no tienen permitido fallar. Redoblen sus esfuerzos, agudicen sus sentidos, y por sobre todas las cosas estén a la altura de las circunstancias –concluyó con temperamento, hizo una pausa y retomó más distendido–. Este fue nuestro último entrenamiento. En el futuro los quiero ver en el campo de batalla, defendiendo este escudo con el alma. ¡Hasta pronto aspirantes!

–¡Hasta pronto señor! –exclamaron todos al mismo tiempo.

Sigurd dio por finalizada la jornada, y los reclutas se retiraron del campo de aprendizaje, y, distendidamente, se dirigieron a la armería. Por detrás del grupo, avanzaba Aron a paso lento, dolorido y tomándose una de las rodillas. Eros aminoró su marcha para que el joven alcanzara su posición.

–Tuviste una mala caída, ¿cómo está tu pierna? –preguntó preocupado por su compañero. Aron acumulaba malos rendimientos en las prácticas, y ahora la lesión sumaba un inconveniente más a sus aspiraciones.

–Fue un golpe muy fuerte, creo que me rompí la rodilla. No sé si estaré listo para las pruebas finales –respondió haciendo gestos de dolor.

–Aún faltan algunos días, seguro podrás recuperarte. No te desanimes –alentó a su colega.

–Eso espero, sino mi padre me matará –exclamó mirando hacia el suelo.

–Lo que importa es tu vocación, tus ganas de convertirte en un guerrero real, no lo que tu padre desee.

–Él fue un guerrero frustrado, ahora su sueño es que yo pertenezca a la guardia real. No puedo fallarle –afirmó con culpa.

–Lamento que tengas que cargar con eso. Deberías hacerlo por ti, tu padre va a estar orgulloso de todos modos, apruebes o no –dijo, y le cruzó el brazo por la espalda para ayudarlo a caminar.

–Gracias amigo –concluyó algo conmovido.

Al llegar a la armería, los esperaba el gruñón de Bjorn parado en la puerta. Estaba de brazos cruzados, y, como siempre, un poco enfadado.

–Tarde para llegar, tarde para irse –exclamó enojado. Tomó las armas y las monturas que le entregaron los reclutas y las guardó de manera desprolija. Antes de que se retiraran los jóvenes, se dirigió a Eros.

–Si tu padre estuviera aquí, seguramente estaría muy orgulloso de ti, muchacho –soltó mirándolo a los ojos unos segundos, y luego se marchó. Después de todo, detrás de su malhumor, parecía esconder algo de sensibilidad.

3

Durante varios siglos la guardia real ha protegido el reinado del Sur de los ataques enemigos. Desde que se quebró el orden en la región, esta tarea ha sido temeraria. Los juglares narran historias sangrientas entre sureños y norteños, donde grandes batallas ponían en juego el dominio sobre el lago de los dioses. Esta rivalidad sólo puede comprenderse al remontarse medio milenio atrás, cuando, según los ancianos sabios, transcurría la era del esplendor.

En aquellos años reinaba la paz en todo el territorio de Tibur. Una bella región comprendida por un extenso valle rodeado por enormes cordones montañosos, y un preciado lago en el centro, capaz de proveer alimento y agua dulce a toda la zona.

Hacia el sur, se establecía un reinado próspero y armónico, con su base situada en las puertas de un castillo colosal, donde, un rey benévolo, había implementado un sistema de convivencia basado en la igualdad de oportunidades. Sus pobladores, tanto campesinos como nobles, disponían de todo lo necesario para vivir y criar a sus hijos dignamente.

El imperio se mantuvo en auge por mucho tiempo, expandiendo su dominio más allá de las orillas del lago de los dioses y las cumbres de las tierras altas. Incluso, allí, en las montañas, una gran fortaleza había sido construida con el fin de gobernar la zona oeste del territorio.

Más allá del apogeo, las fisuras no tardaron en emerger de la mano de varias familias reales que se opusieron al régimen vigente. Los argumentos exigían una distribución de los recursos acorde a la reputación de cada familia y su vinculación con la nobleza. Esta discrepancia provocó varios estallidos sociales en el seno del imperio. Tras años de levantamientos y revueltas, la grieta se tornó irreversible.

Finalmente, los pobladores disidentes decidieron renunciar al orden establecido, y partieron hacia las tierras del norte, más allá de los límites del reinado del Sur. Al poco tiempo, cimentaron su propio imperio al cual denominaron el reinado del Norte, donde instalaron sus propias reglas y leyes.

El nuevo régimen se desarrollaba en base a los ideales que habían motivado el éxodo. Pero el sistema no lograba el funcionamiento ideal. El bienestar de la nobleza dependía de los servicios que ofrecía la plebe, y el bajo margen de pobreza en la región rompía con ese balance. Resultaba imposible alcanzar ese equilibrio mientras la vida en el sur ofrecía mejores oportunidades para los más humildes. Ante esta coyuntura, el control del lago de los dioses se volvió crucial. Los nobles del norte pensaron que, restringiendo los recursos en el sur, un sector de la población se vería obligado a migrar hacia el norte.

Desde entonces, la obsesión por el control de los recursos desató una guerra interminable entre ambos reinados. Un largo periodo de luchas tiñó de sangre y hambrunas el territorio de Tibur.

La crisis se extendió hasta que despertó la ira de los dioses. El colapso sucedió en una de las batallas más salvajes. Como tantas otras, desatada en el bosque que nace a los pies del lago de los dioses. Ese lugar demarcaba el límite natural entre ambos reinados y, por tanto, el escenario principal de la mayoría de los enfrentamientos.

Fue entonces, cuando los dioses impartieron justicia, lanzando un maleficio sobre el bosque para dividir ambos territorios. El encanto dejó la zona plagada de dragones, y un hechizo mediante el cual todo hombre que ingresara al bosque se enfrentaría a sus propios miedos. Sólo quien pudiera superarlos tendría la posibilidad de escapar del ataque de los dragones al acecho. Pero quien se viera paralizado ante sus miserias, sin dudas, sería presa fácil y devorado por las criaturas.

Ese episodio fue recordado como el día del juicio, y desde entonces, ningún hombre fue lo suficientemente valiente como para transitar el, más tarde denominado, bosque encantado, y retornar para contarlo.

A pesar de lo sucedido, las luchas no cesaron, pero fueron más aisladas, dado que la única vía de conexión entre ambos reinos fue el lago de los dioses. Esto le permitió al reinado del Sur establecer una mejor defensa.

Finalmente, surgió la guardia real, la caballería mejor entrenada, con la misión de custodiar las orillas del lago de los dioses. Desde entonces, pertenecer a este grupo de elite, se convirtió en un gran honor para los hombres del sur.

4

Eros se encontraba apostado en una almena del ala norte de la torre del homenaje. Aquella estructura formidable sobresalía por su prominente altura. Estaba construida en forma rectangular con las esquinas redondeadas, y se ubicaba en el centro del castillo.

Desde esa posición la vista era majestuosa. En el ocaso de una tarde otoñal, el sol comenzaba a descender lentamente y la ausencia de nubes permitía una excelente visibilidad. Se podía observar claramente los picos nevados de la cordillera del este, y, a lo lejos, las aguas calmas del lago de los dioses y la espesa vegetación del bosque encantado, demarcando los confines del reinado del Sur.

El joven estaba a un paso de convertirse en un nuevo guerrero, y su alto rendimiento en las prácticas, le había permitido participar en la guardia real de manera temprana. Los puntos de vigía eran vitales para la defensa del imperio, y desde el torreón se tenía una visión estratégica del frente del castillo.

Se desempeñaba como centinela por primera vez en su vida, jamás había estado tan cerca de la realeza. En los pisos inferiores de la torre se hallaban los aposentos del rey y la cúpula de la nobleza, el gran salón y los almacenes más importantes.

Sentía orgullo de haber llegado tan lejos, y lamentaba que su padre no pudiera estar vivo para presenciarlo. Mientras reflexionaba en silencio sobre su vida, mantenía la vista al frente, atento, custodiando el territorio, supervisando cualquier movimiento que pudiera resultar sospechoso.

De pronto una voz, cálida e inesperada, se oyó a sus espaldas, y lo sobresaltó.

–¿Cómo estás guerrero? –murmuró una mujer. Eros se volteó y observó a la joven. Se trataba de la princesa Elena, la única hija del rey Gregor.

–¡Hola! No te esperaba aquí. Creo que no es buena idea que nos vean hablando juntos –exclamó algo nervioso. Miraba a ambos lados para asegurarse que nadie los estuviera observando.

–Tranquilo, salvo los centinelas, nadie sube aquí arriba –respondió con seguridad. Hizo una pequeña pausa y reanudo–. Bueno, casi nadie, yo lo hago a veces también. Me gusta la vista de esta torre. Me encanta mirar al horizonte y pensar, me ayuda a ordenar las ideas –concluyó con una sonrisa.

–No sabía que tenías esa costumbre, nunca me lo habías contado.

–Hay muchas cosas que no sabes de mí, una princesa está llena de enigmas –respondió con una sonrisa socarrona–. En cambio, tú –hizo una pausa y reanudo más incisiva–, lo tienes todo muy definido. Estás a punto de unirte a la guardia real, ¿y después?

–¿Después qué? ¿Cuál es el punto? –preguntó confundido.

–Después que te envíen a la batalla, ¿qué pasará? Miles de soldados mueren en las campañas. ¿Por qué tú? Tengo miedo de perderte, eres el único amigo verdadero que tengo –concluyó con la vos entrecortada.

–No debes preocuparte. Seré un buen guerrero y sabré cuidarme. Sé que es peligroso, pero este es mi destino –exclamó, se tomó un momento, y retrucó con ironía–. Tú también tienes todo definido, algún día te casaras con un rey y serás una gran reina, ¿y después?

Elena se quedó muda unos segundos. La afirmación de Eros la ponía incomoda, y no quería hablar al respecto, prefirió cambiar de tema.

Ven, te mostraré algo –dijo, y le hizo un gesto para que la siguiera. Eros dudo un instante, era su primer día como centinela y estaba a punto de abandonar su puesto. De todos modos, asumió el riesgo y acompaño a la princesa.

Ambos recorrieron el pasillo del ala norte, hasta llegar a una de las esquinas. Allí, la torre tenía un diseño semicircular y disponía de una garita con forma de bóveda, donde cabían al menos dos personas. La princesa le indicó que se ubicara frente a la ventana, luego ella se arrimó a su lado. Aquel punto de vista era completamente diferente al anterior. Se podía contemplar la cordillera este en toda su extensión, de sur a norte, hasta esfumarse en el horizonte. El paisaje era asombroso, Eros nunca había tenido la posibilidad de observar las montañas desde esa posición, la altura de la torre ofrecía una perspectiva singular.

Elena se acercó un poco más, y murmuro por lo bajo.

–Esta es mi vista favorita, ves el pico más alto –pronunció suavemente mientras señalaba hacia las altas cumbres–. A veces imaginó que puedo montar un dragón y llegar hasta esa montaña. Un dragón blanco, como el de los cuentos legendarios, y volar sobre la cordillera hasta posarme en aquella cima, la más alta, y desde ahí contemplar todo el territorio de Tibur. Sería grandioso, ¿Qué piensas? –concluyó con la vista perdida entre los cerros.

–Sería increíble, pero imposible. No podrías montar un dragón, te devoraría en mil pedazos –retrucó riendo. Elena le dio un pequeño golpe en el hombro, y le sonrió irónicamente.

–Que poco sabes de dragones. El dragón blanco es el único que puede ser domado por el humano, y sólo existe uno predestinado por persona. Si encuentras a tu dragón blanco, el vínculo es para toda la vida –argumentó, y volteó su mirada nuevamente hacia las montañas.

–¿Cómo sabés todo eso de los dragones?

–En mis ratos libres, cuando no me veo a escondidas con un futuro guerrero –dijo, y le dedicó una mirada cómplice–, me gusta colarme en la biblioteca de los ansianos sabios.

–Pero está prohibido su ingreso –preguntó, extrañado.

–Ya lo sé, tampoco debería estar aquí, y sin embargo acá me tienes –exclamó, y lo miró fijamente. Eros se quedó sin palabras.

–Encontré libros de todo tipo, pero los que más me gustan son los que tratan sobre dragones. Existen muchos tipos de dragones, ¿lo sabías?

–No lo sabía, lo mío son los caballos –respondió, y rio sutilmente. No le interesaban los dragones, pero adoraba oír a su amiga, admiraba la pasión con la que relataba sus historias–. Adelante, cuéntame lo que sabes.

–Bien. Primero, tenemos a los dragones verdes, que son criaturas con cuerpo de serpiente. Son muy ligeros, y estrangulan a sus víctimas antes de devorarlas. No querrás toparte con uno de ellos, pues seguro no tendrás escapatoria.

»También están los dragones negros, están entre los más temibles, tiene dos o más cabezas. No son muy rápidos, pero muy difíciles de enfrentar en el cuerpo a cuerpo. Son bestias enormes, a diferencia de los dragones grises, que son más pequeños, pero no menos peligrosos. Tienen la piel del color de las rocas. Se esconden, y esperan agazapados a sus presas para atacar por sorpresa, como depredadores nocturnos –relató, apasionada, no daba tregua en sus explicaciones.

–Los más destacados son los dragones rojos y blancos. Son las criaturas más fuertes, con grandes alas, y capaces de lanzar llamaradas de fuego. Los típicos dragones invocados en las historias antiguas. Ambos son igual de poderosos, pero el dragón rojo representa la parte oscura de la naturaleza, mientras que el dragón blanco, es la evolución, y permite el equilibrio de las fuerzas. Las leyendas dicen que los grandes guerreros arribaron al umbral de los dioses montando un gran dragón blanco.

»Y, por último, los dragones azules, son solitarios, y habitan en los pantanos. No se sabe mucho de ellos, tal vez, sean sólo un mito.

Mientras Elena explicaba sus teorías de dragones, se oyó un sonido brusco, como el de una madera añeja al quebrantarse. Ambos se sobresaltaron, y corrieron hacía la posición del puesto que Eros había abandonado. Al llegar, dos aves de rapiña revoloteaban entre unos viejos tirantes disputándose los restos de un roedor que, por lo visto, lo habían cazado recientemente. Al final, se trataba de una falsa alarma, pero Eros aún sentía su corazón acelerado, aquello lo tomó como una advertencia.

La princesa notó los nervios del joven, e, instintivamente, lo abrazó para transmitirle tranquilidad. Eros respondió al momento, y la rodeo con sus brazos. Ambos se toparon cara a cara, sorprendidos, casi sin entender la proximidad en la que habían quedado. La mirada fue profunda, y sintieron atracción como nunca antes, pero, inmediatamente, Elena se escabulló del abrazo y tomó algunos centímetros de distancia. Como si nada hubiera ocurrido, desvió la situación completamente.

–Qué suerte que se trataba de aves solamente, no quisiera que te sorprendan fuera de tu puesto de vigía. Nos vemos luego –exclamó esquivando la mirada del joven. Luego dio media vuelta y enfiló hacia la salida.

–Creo que tienes razón, es mejor que… –murmuró aminorando su voz, la princesa ya se había dado la vuelta, y sus palabras quedaron flotando en el aire. En ese momento ingresó el caballero Jensen, y saludó a la hija del rey con una reverencia, luego se quedó observando cómo Eros la perseguía con la mirada hasta que su figura se diluyó tras la puerta de salida.

–Terminó tu turno, soy tu reemplazo. ¿Cómo fue tu primer día? –preguntó tratando de acaparar la atención de Eros, quien aún se encontraba obnubilado.

–¡Bien! Eso creo –respondió volviendo en sí. Tomó sus cosas y se perfiló para retirarse.

–No busques lo imposible –exclamó Jensen.

–¿Perdón? –preguntó Eros confundido.

–La princesa –dijo, hizo una pausa y reanudó– no está a tu alcance. No te metas en problemas. Lo tuyo es la guardia real, toma el consejo de un viejo guerrero –exclamó tratando de ser convincente, y se dirigió hacia su puesto. Eros tan sólo asintió con un gesto.

5

Eros y Elena se conocieron a temprana edad. Ambos provenían de clases sociales diferentes, pero el destino cruzó sus vidas por casualidad.

La princesa amaba los caballos desde pequeña, y solía acompañar a su tío Niels a recorrer establos en busca de los mejores especímenes para la caballería real.

Por su parte, Eros pasaba la mayor parte de su tiempo en los corrales junto a su padre, un reconocido criador de caballos, quien se había convertido en el principal proveedor de la realeza.

Fue así como en los establos, entre juegos y risas, surgió una hermosa amistad entre los niños. Elena, recluida a vivir entre nobles, casi no tenía trato con pequeños de su edad, por lo que el contacto con Eros, le había ofrecido un universo de aventuras que enriquecía su infancia.

Con el correr del tiempo, los jóvenes crecieron y sus caminos se tornaron cada vez más lejanos. Eros admiraba a los grandes guerreros y orientó sus esfuerzos en convertirse en uno de ellos. Elena, por en cambio, destinó su tiempo a cultivar sus aptitudes como princesa. Su padre, el rey Gregor, ansiaba el momento de ver a su hija casada con un gran príncipe, y fortalecer vínculos con otras familias reales.

En el ámbito de la nobleza, estaba mal visto que una princesa tuviera contacto con un plebeyo. De esta forma, las costumbres de los poderosos alzaban una muralla de prejuicios que dificultaba la relación entre ambos.

Sin embargo, a pesar de pertenecer a realidades distintas, mantuvieron el afecto intacto, es así, que solían encontrarse a escondidas en lugares neutros. El lago de los dioses era el sitio perfecto, alejado y discreto. Allí, solían compartir atardeceres y largas horas de charla sobre sus mundos diferentes.

6

El grupo de reclutas estaba reunido en el campo de entrenamiento, ubicado en las inmediaciones del castillo. El predio simulaba un ambiente de batalla, compuesto por un pequeño bosque, una laguna con aguas estancadas, y una gran explanada de hierba tupida con barricadas para improvisar escenarios de guerra.

Junto a ellos se encontraba el maestro guerrero Sigurd y uno de los ancianos sabios. Pero esta vez, no era una jornada de aprendizaje, estas ya habían culminado, se trataba de una charla informal para orientar a los futuros guerreros. Los jóvenes debían enfrentar el reto final, y se preparaban para el desafío de sus vidas.

El grupo estaba formado en línea, y esperó hasta que Sigurd rompiera el silencio.

–Jóvenes aspirantes, futuros guerreros –exclamó con voz fuerte–. En sus manos tienen una gran responsabilidad. Estamos atravesando tiempos difíciles, y hoy, más que nunca, necesitamos de guerreros valientes que protejan nuestra tierra.

»Ser miembro de la guardia real, es el honor más grande que se puede llevar. Nosotros damos la vida para proteger a nuestro pueblo, y cuando triunfamos en la batalla, la gratificación es enorme. Tendrán miedo, dolor y sufrimiento, pero nada opacará la satisfacción de cumplir con nuestro deber.

»Del otro lado nos espera un enemigo despiadado. Un enemigo que está decidido a hacer lo necesario para llevarnos al límite, para destruir nuestros recursos, y esclavizar a nuestras familias –hizo una pausa para recobrar algo de aliento, y continuó–, pero no lo permitiremos.

–¡No lo permitiremos! –repitió Sigurd con un grito.

–¡No lo permitiremos! –repitieron los jóvenes con la voz en alto.

–¡Tendrán que pasar sobre mi cadáver! –exclamó Gisli, tal vez, el aspirante menos prometedor. Su exceso de peso le dificultaba esquivar golpes en las prácticas, pero aún más las burlas de sus compañeros.

–Querrás decir ¡tendrán que rebotar sobre mi cadáver! –respondió otro de los aspirantes, y varios lanzaron carcajadas.

–¡Silencio! –gritó Sigurd enojado, espero a que callaran todos, y continuó con el discurso.

–Entonces deberán tener éxito en el reto final –afirmó con vehemencia, luego señalo a Harald, uno de los ancianos sabios más importantes del reinado, quien se encontraba a su lado–. Harald nos acompañará esta tarde, y ustedes tendrán el privilegio de oír en sus propias palabras, el significado de este reto –concluyó dándole paso al anciano.

–Muchachos, llevó años instruyendo jóvenes, y en cada ocasión intento transmitirles la importancia del reto final. En este desafío les pedimos que nos demuestren que tienen las cualidades para llevar con honor la insignia de la guardia real –dijo con gran pasión–.

»Todo aspirante debe demostrar que posee los tres atributos reales que definen a un guerrero. Esos elementos son: valentía, destreza y lealtad –concluyó solemnemente. Existen dos tipos de hombres: los valientes y los cobardes. Cualquier cualidad puede adquirirse durante el camino, pero no la valentía, es un don con el que se nace.

»Hace falta mucho coraje para entregar la vida en defensa de un pueblo, no todos tienen ese fuego interno. Ustedes deberán tener esa fuerza, y lo mediremos en la primera prueba. Evaluaremos esa condición llevándolos al límite de sus capacidades, y aquel que flaquee no será digno de pertenecer a la guardia real. Para superar esta prueba deberán enfrentar a sus propios miedos –concluyó bastante agitado, el discurso despertaba pasión en el anciano, pero hablar eufórico lo dejaba sin oxígeno. Al ver que Harald necesitaba una pausa, Sigurd tomó la palabra nuevamente.

–Como dijo Harald, el primer paso del reto final pondrá a prueba la valentía de cada uno de ustedes. Hoy nos enfocaremos en esta prueba, y sólo cuando haya sido superada les explicaré más del resto. No será sencillo, es un desafió inédito y peligroso, pero confío en que lo lograrán –lanzó cada palabra entre los rostros confundidos de los aspirantes. Tras extender unos segundos más el marco de incertidumbre, finalmente, fue al grano–. Deberán ingresar al bosque encantado –dijo, e inmediatamente se desató el murmullo entre los jóvenes–. Llegarán hasta el búnker abandonado, tomarán uno de los estandartes del salón principal, y lo traerán como prueba de haber alcanzado el objetivo.

–¡Es una misión suicida! –exclamó sorprendido uno de los aspirantes.

–Toda misión de un guerrero es peligrosa, si le tienes miedo a la muerte elegiste el camino equivocado –respondió Sigurd con temperamento.

–No se trata de valentía. ¿Ustedes quieren un batallón de guerreros o de cadáveres? –retrucó el muchacho enfadado.

–¡Eres un insolente! Cómo te atreves a hablarle de esa forma a un superior. Creo que tus días en la guardia real han terminado –respondió desencajado. Por su parte, Harald meneaba la cabeza repudiando la reacción del recluta. El clima se tornó incomodo, y tras unos segundos de silencio reaccionó el joven.

–Señor, discúlpeme por haberme excedido –pronunció con la voz entrecortada–. De todos modos, si el reto nos exige ingresar al bosque encantado, yo prefiero renunciar en este momento.

–Le deseo suerte en su nueva vida de cobarde, tal vez consiga un buen trabajo como lustrabotas –concluyó Sigurd haciendo un gesto para que el muchacho se retirara. Luego el aspirante dio media vuelta y se marchó con la cabeza gacha y sin pronunciar palabra. Antes de que la situación se volviera más hostil, el anciano tomó la palabra tratando de apaciguar el malestar.

–Jóvenes, sé que no es una prueba sencilla. Las leyendas dicen que nadie ha podido sobrevivir al bosque encantado, pero no todas las historias que se oyen son reales. Los dioses han maldecido ese lugar para que los cobardes no se atrevieran a pisarlo jamás. Pero los valientes siempre han sido recompensados por ellos, estoy seguro que si ustedes tienen el don de la valentía podrán superar el desafío. Aquel sitió nos pone cara a cara con nuestros propios miedos, es virtud de un guerrero enfrentarlos y no quebrarse. Confío en que podrán hacerlo –concluyó Harald, sus comentarios devolvían algo de serenidad.

–Muchachos, no se trata de arriesgar sus vidas inútilmente –retomó la palabra Sigurd–. Tenemos motivos para considerar la posibilidad de adentrarnos en el bosque en una misión oficial de la guardia real. Y es necesario tener información sobre el campo de batalla primero.

»Llevamos años sin tener contacto con el reinado del Oeste, la restricción del bosque nos ha mantenido marginados de nuestros compatriotas, y no sabemos si necesitan nuestra ayuda. No podemos esperar más, debemos atravesar la zona maldita para llegar a las tierras altas y brindar nuestro apoyo –exclamó con dramatismo–. Lo que están a punto de hacer, no se trata de una mera prueba de ingreso, también es un servicio a la guardia real, un acto heroico. Ustedes nos dirán cómo es ese enemigo que se esconde en la oscuridad y desconocemos, que no lleva armadura como las nuestras, pero que sin duda se podrá enfrentar y vencer como a cualquier otro –Terminó su explicación algo nervioso, no le resultó sencillo transmitirle al grupo la noticia. Sigurd no estaba de acuerdo en exponer a los reclutas a tal peligro, pero la decisión no era suya, las autoridades de la guardia real lo habían definido de ese modo.

7

*Algunos días atrás…*

En los pasillos subterráneos del castillo se hallaba instalada la prisión más sombría de todo el territorio de Tibur. Allí, la oscuridad y la humedad se impregnaban en los muros de las mazmorras, montando un escenario tétrico y deprimente. En esa cueva de penurias, donde hasta los demonios huían, permanecían encerrados los individuos más peligrosos y odiados del reino, tales como violadores, asesinos, prisioneros de guerra y desertores.

En el último calabozo, donde la luz apenas asomaba durante el día, se encontraba recluido el comandante Kol, un estratega del ejército del Norte, quien cargaba en sus manos la sangre de miles de soldados sureños, asesinados en los campos de batalla. Poco tiempo atrás, había sido capturado por la guardia real en un duro enfrentamiento. Su reclusión se sostenía como futura carta de negociación con los enemigos, ya que, de lo contrario, hubiera sido ejecutado en una plaza pública.

El militar, quien se mantuvo en absoluto silencio desde su encierro, repentinamente, decidió romper el mutismo. Con un tazón de madera comenzó a dar golpes contra los barrotes de la puerta de su celda para llamar la atención. Antes de ser reprimido por el guardia, suplicó por una entrevista con el rey, argumentando poseer información sumamente importante, que estaba dispuesto a negociar a cambio de una mejora en sus condiciones de vida.

El centinela de turno llevó la inquietud a su superior, y este decidió informar la propuesta a su majestad. A los pocos minutos, el comandante fue presentado, cara a cara, con el rey Gregor, en el salón principal. Sus extremidades estaban amarradas con esposas y cadenas, y dos soldados lo vigilaban de cerca, de esta manera, obtuvo la posibilidad de exponer su oferta.

–Rey Gregor, agradezco su amabilidad –expresó haciendo una referencia con la poca movilidad que disponía.

–Sólo hay una cosa que odio más que perder el tiempo: la injusticia –dijo con tono áspero–. Y su reino ha sido muy injusto con nuestro pueblo desde hace muchos años. Así que, al menos, valoré mi tiempo, ¿qué tiene pare decir? –concluyó elevando la voz–.

–Seré breve y directo. El reinado del Norte planea atacar a la fortaleza del Oeste, esta vez no será un saqueo, sino una invasión definitiva –dijo algo dubitativo, hizo una pausa, y continuó con más firmeza–. Si quieren los detalles, les pediré algunas mejoras en mi situación de confinamiento.

–Dime lo que tengas para decir, y luego yo decidiré que hacer contigo. Tú no estás en condiciones de pedir nada –respondió inmediatamente, exacerbado.

–No tengo nada que perder, no hablaré si no me prometen mejoras –retrucó sin sentirse intimidado por el rey.

–¡Yo no negocio con asesinos! Lleven a esta basura a su chiquero –exclamó golpeando su cetro contra el piso.

Los guardias llevaron al prisionero a su celda nuevamente.

Durante las guerras previas al día del juicio, el reinado del Sur mantenía una alianza con el reinado del Oeste, ubicado en las tierras altas, al otro lado del bosque. Ambos reinos integraban un solo imperio que se defendía de los ataques del Norte. Pero tras la maldición de los dioses, las rutas quedaron abnegadas y los pueblos permanecieron completamente incomunicados.

El Sur no tuvo más noticia de sus compatriotas del Oeste, sin embargo, la revelación del comandante prisionero, despertó la alerta en la cúpula del rey Gregor. Ante la presunta invasión, el monarca delegó su preocupación a los altos mandos de la guardia real. Inmediatamente, comenzaron a planificar una misión de apoyo para respaldar al ejercito del Oeste. Pero antes de abordar la amenaza que representaba el ataque del Norte, había un obstáculo, no menos importante, por superar: el bosque encantado.

Para llegar a las tierras altas, era inevitable atravesar el bosque, pero la falta de conocimiento sobre los peligros que acechan en ese territorio comprometían el objetivo final. No querían arriesgar a los mejores hombres de la guardia real, en una odisea frente a un enemigo que se desconocía por completo. Resultaba necesario impulsar una misión de exploración que ofreciera información al respecto.

Finalmente, las autoridades militares decidieron conformar un escuadrón de reconocimiento reuniendo a los hombres más prescindibles de la fuerza. Los reclutas de la guardia real daban con el perfil adecuado, apenas eran aprendices. En consecuencia, la valentía de los futuros guerreros sería determinante para las aspiraciones del reino.

CAPÍTULO II

— La valentía —

8

Eros cabalgaba su yegua a través del camino real en dirección norte. La ventisca de las primeras horas de la mañana le rozaba el cuerpo y helaba su armadura de caballero. El aroma a hierba húmeda se esparcía en el aire, e invadía de paz el pecho del joven en cada respiración profunda. La bella senda desnudaba su esplendor a medida que la luz del día ganaba presencia, donde los rayos solares apenas se colaban entre las florecidas ramas de los árboles emperatriz.

El día del reto final había llegado, el momento más ansiado en la vida de Eros. Siempre había soñado con ingresar a la guardia real. En vísperas de esa gran oportunidad, debía afrontar la primera prueba, la misma que pondría en juego su valentía, uno de los tres atributos esenciales de todo guerrero.

El galope de Agatha conservaba un ritmo plácido y continuo, resultaba relajante para Eros, quien trataba de alcanzar serenidad a partir del escenario encantador que lo rodeaba. Se estremecía al pensar en la trascendencia del evento que estaba a punto de acontecer. Distintas sensaciones se entrelazaban en sus pensamientos: la importancia de superar la primera prueba, el recuerdo de su padre, y la propia muerte, al tratarse de una misión verdaderamente arriesgada, ese día podía acabar con un final glorioso o trágico.

Al llegar al final del camino real, se encontró con la rotonda principal. Allí, dos rutas se abrían paso. A su derecha, el camino del lago. Eros retuvo la mirada en esa senda un instante, y la figura de Elena voló a su mente, como un recordatorio de los encuentros a escondidas que habían compartido a orillas del lago. A su izquierda, el inicio del camino de los miedos, una ruta jamás visitada por él. Inhaló profundo y enfiló en esa dirección.

Durante medio kilómetro recorrió el camino de los miedos, esa vía se mostraba desolada, a ambos lados se extendía la estepa, solitaria y profunda. Al frente, sobre el horizonte, se alzaba un muro de árboles, una barrera natural que resultaba imponente por su espesura. Por primera vez, el joven se encontraba frente al mítico bosque encantado.

Antes de que la ruta se internara dentro del bosque, se establecía la fortificación de un puesto de vigía, y, a su lado, un refugio para recibir a los reclutas, recientemente montado por la guardia real.

Eros arribó al reducto y fue recibido por Sigurd y uno de sus colaboradores, quien tomó a su yegua y la llevó hasta un palenque donde estaban amarrados los caballos de los demás aprendices. Los reclutas estaban comiendo y bebiendo debajo de un extenso gazebo, disfrutando del agasajo que la guardia real les había ofrecido. El clima era distendido, mientras esperaban la llegada del resto de los aspirantes para comenzar con la prueba.

Los minutos corrieron, y los presentes completaban menos de la cuarta parte de la unidad de aprendizaje. Decepcionado por la baja convocatoria, Sigurd no quiso esperar más y dio inicio a la jornada.

–Aspirantes, daremos comienzo a la primera prueba. Lamento que tan sólo se hayan presentado nueve reclutas del cuerpo de aprendices –exclamó con fastidio–. Aquellos que están ausentes tendrán una marca de por vida. Será una vergüenza para ellos quedar excluidos de la guardia real por una actitud tan cobarde –concluyó enfadado, e hizo una pausa para cambiar el aire–. Pero prefiero destacar el coraje de estos nueve hombres que hoy asistieron a este desafío –dijo, y detuvo la mirada unos segundos en cada uno de los jóvenes.

–Hoy deberán superar la primera prueba del reto final, para ello será necesario que ingresen al bosque encantado y se dirijan hacia el búnker abandonado. Esta fortificación no es visitada desde cientos de años. Allí, antiguas generaciones de guerreros del reinado del Sur, se reunían para planificar las estrategias de defensa. Ese lugar es un templo, es un homenaje a la valentía de nuestros guerreros caídos. Ustedes tendrán el privilegio de pisar ese suelo sagrado. Esto cambiará sus vidas para siempre.

»Una vez dentro, deberán dirigirse al salón principal donde, según los ancianos sabios, abundan estandartes del reinado del Sur, de todo tipo, grandes obras de arte, cuadros, escudos y banderas con insignias del reino, armaduras y espadas utilizadas en las grandes batallas. Son reliquias de un valor incalculable para nuestro pueblo. Deberán tomar una pieza, sólo una, y traerla como evidencia de su visita. Les recomiendo que regresen antes del anochecer, según las leyendas, la oscuridad despierta el mal que habita en ese lugar.

»No será una tarea sencilla. Sabemos del peligro al cual estarán expuestos, pero tenemos toda la confianza depositada en ustedes. Deberán ser fuertes y superar cualquier adversidad. Recuerden que sólo deben temer al fracaso, nada podrá detenerlos –concluyó su discurso con los ojos vidriosos, jamás se había mostrado conmovido frente al grupo. Inmediatamente rompió ese clima, no quería mostrar debilidad, y se dirigió hacía el puesto de vigía que se ubicaba a los pies del bosque. Los nueve aspirantes lo acompañaron en silencio.

El puesto estaba formado por una torre muy rudimentaria. Tenía una base armada con rocas encajadas y amarradas con sogas, y el resto de la estructura era de madera. Alcanzaba unos treinta metros de altura, donde había una plataforma que podía albergar a no más de quince hombres. Sigurd y los reclutas subieron hasta lo más alto y, desde allí, pudieron observar el bosque desde otra perspectiva. La vista apenas sobrepasaba las copas de las primeras hileras de árboles, luego la visibilidad se hacía muy turbia, aunque daba una idea de la profundidad del bosque: era enorme e imponente. A lo lejos, se podía apreciar la cúpula semiesférica de una torre, mezclándose con el resto del paisaje. Aquella atalaya estaba construida sobre el búnker al que hacía referencia Sigurd, y se ubicaba en dirección sudoeste.

Los reclutas tomaron nota de su posición y distancia, implementando técnicas de orientación aprendidas durante la instrucción. Luego, con el objetivo más definido, ya estaban listos para emprender la travesía.

Sigurd propuso afrontar el desafío en parejas, y con un ingreso secuenciado por intervalos de tiempo. Primero seleccionó dos aspirantes arbitrariamente, y les ordenó que descendieran de la torre y dieran inicio a la prueba. Se trataba de dos de los mejores reclutas, ambos se mostraban confiados y ansiosos por comenzar. Los jóvenes obedecieron y abordaron el camino de los miedos en el sentido que se internaba en el bosque.

El resto del grupo se mantuvo expectante hasta que los jóvenes se adentraron en la maleza. A continuación, Sigurd tomó un pequeño reloj de arena y lo volteó dejando correr el tiempo. Al cabo de algunos minutos, el último grano de arena cayó del receptáculo superior, y la siguiente pareja de reclutas se lanzó a la aventura. El mismo procedimiento se repitió un par de veces más, hasta que Eros quedó solo. Era el único aspirante que permanecía en el puesto de vigía junto a Sigurd, quien, esta vez, no volvió a girar el reloj de arena.

–¿Olvido voltear el reloj? –preguntó Eros, confundido, sabía que no había sido un descuido, algo le resultaba extraño.

–No hará falta esta vez. Prefiero que tú no realices esta prueba. Ya demostraste tu valentía en el campo de aprendizaje.

–No entiendo, las reglas son para todos iguales. Es uno de los principios de la guardia real.

–¡Exacto! Si los demás reclutas hubieran mostrado tu rendimiento, seguramente tampoco deberían afrontar este desafío, y tendrían el mismo beneficio. No es por favoritismo.

–Agradezco su consideración. Pero, insisto, no creo que sea justo para el resto de mis compañeros.

–Eros, tú eres muy valioso para la guardia real, tienes mucho potencial. No vamos a arriesgarte en una prueba como esta –exclamó Sigurd, comenzaba a perder la paciencia.

–Sí no realizo esta prueba, no podré mirar a la cara a mis compañeros luego –respondió Eros, incomodo, algo nervioso.

–Te diré una cosa y lo diré una sola vez, y deberá quedar entre nosotros –dijo, y comenzó a descender de la torre. Una vez en el suelo continuó con la explicación–. Yo no estoy de acuerdo con esta prueba, me parece demasiado arriesgada para guerreros inexpertos. Pero la decisión fue tomada por las autoridades de la guardia real. Yo tan sólo debo acatar órdenes –expresó, e hizo una pausa extensa que provocó un clima tenso. Luego reanudó con dramatismo–. ¡No creo que volvamos a verlos con vida! –concluyó, y siguió caminando rumbo al campamento.

Eros abrió los ojos sorprendido, no podía creer lo que oía. Se sentía decepcionado, sentía que se habían burlado de la esencia de la guardia real, del espíritu de camaradería, y que Sigurd no tenía el valor suficiente para defender sus principios.

–¡Sigurd! –gritó, y espero a que su superior se diera vuelta–. Yo no seré cómplice de esto. Mi deber es realizar esta prueba, estar con mis compañeros –exclamó con firmeza, y enfiló hacía el camino de los miedos. Sigurd sintió herido su orgullo, en otras circunstancias hubiera reaccionado ante semejante irreverencia, pero esta vez no lo hizo, sabía que el recluta tenía razón. Masticó su bronca, y corrió tras él para detenerlo.

–¡Eros!¡Detente! Hablemos de esto –gritó, y el joven detuvo su marcha, justo cuando se encontraba a un paso del ingreso al bosque, sobre el camino del miedo.

Sigurd alcanzó su posición y ambos se quedaron un instante en silencio, observando hacia el interior. Aquella senda se internaba profundamente en la vegetación hasta esfumarse en la densa niebla que flotaba en el ambiente. El calor era más intenso, y una fuerte brisa hacía crujir las ramas de los árboles más débiles. Desde esa posición no se apreciaba el rastro de los reclutas, ni de las criaturas descriptas en las leyendas, pero el aspecto de aquel sitio era escalofriante.

Ambos se miraron fijamente, Eros parecía recapacitar sobre su decisión de ingresar al bosque, pero antes de que alguno pronunciara palabra, el joven se sobresaltó. Oyó el trote inconfundible de Agatha a sus espaldas. Volteo la vista nuevamente hacia el interior del bosque y observó como la yegua galopaba a toda velocidad por el camino de los miedos. Para cuando reaccionó, el animal ya se había perdido en la espesura. Corrió tras ella con desesperación, Sigurd no entendía la reacción del joven, le pidió que se detuviera, pero ya era demasiado tarde. Sus gritos inútiles tan sólo eran un eco propagándose en las entrañas de aquel infierno.

9

Eros tuvo que aprender a ser fuerte, el destino lo puso a prueba en muchas oportunidades, y le enseñó a levantarse de cada caída. Su vida narra una historia de pérdidas y superación. De pequeño, tuvo que sufrir la desaparición de su madre tras un ataque enemigo, y en el último invierno, la muerte de su padre tras una dura enfermedad. No tenía más vínculos que la amistad con la princesa Elena, y su amor por Agatha. El miedo a perder los afectos era su mayor debilidad.

El joven marchaba a ciegas buscando noticia de Agatha. Se mantuvo sin rumbo por varios minutos, sin encontrar el menor vestigio de su ubicación. Aún retenía el recuerdo del animal adentrándose en lo profundo del sendero, pero ese rastro no prosperó más que en su mente. Temía por la integridad de la yegua, incluso más que por la propia. Le crispaba el estómago tan sólo pensar en lo que pudiera sucederle.

Transitaba el camino de los miedos, la única senda demarcada, cualquier otra vía implicaba abrirse paso entre la maleza. No podía pensar con claridad, incluso aún no había atendido su objetivo primordial: localizar el búnker. Su pensamiento estaba estancado en la necesidad de descubrir algún indicio acerca de su caballo.

En ese sitio, el marco que lo rodeaba erar tenebroso y desolador. Las copas de los árboles eran frondosas y obstruían, en parte, el ingreso de la luz solar, y la elevada humedad derivaba en una neblina casi permanente. La oscuridad en el bosque era implacable, allí, el día parecía huir de la noche.

En medio de la incertidumbre, el rugido de una bestia rompió la monotonía, Eros se sorprendió. Jamás había oído un sonido semejante, estridente y amenazante como un trueno. Se quedó perplejo, y a los pocos segundos, oyó un grito de dolor, el clamor de un hombre herido. Pronto escapó de su estupor, y trató de identificar el origen, quería auxiliar a esa persona. Volteó la cabeza en todas direcciones, hasta que distinguió una enorme sombra, espeluznante y difusa, que se perdía entre las ramas de los árboles. Por un instante, mantuvo la vista en esa dirección, y percibió un leve movimiento detrás de un arbusto ubicado a una distancia reducida. Corrió desesperado hacia esa posición, y, al aproximarse, avanzó con mayor cautela. Abordó la parte posterior del arbusto con pasos cortos y seguros, hasta dar con la fuente. Se trataba de un compañero, ya sin vida, llevaba la armadura propia de un recluta, pero no pudo reconocerlo, su rostro estaba destrozado, y de las heridas brotaba sangre como espuma. La criatura que enfrentó lo había matado brutalmente.

Al observar el cadáver, advirtió que su espada aún permanecía enfundada. La víctima no había intentado defenderse a pesar de tratarse de un ataque frontal, lo que resultaba extraño en un guerrero con instrucción. Eros se preguntaba la razón por la cual su compañero habría presentado tan poca resistencia, qué motivo lo habría dejado paralizado: el propio temor a su agresor, o, tal vez, hayan asomado sus miedos internos, tal como advirtió el viejo Harald.

Tomó la mano del joven fallecido, y recitó una breve oración para que su alma pudiera descansar en paz en el umbral de los dioses. Dejó atrás el duro episodio, y retomó su camino. Por primera vez, desde su ingreso al bosque, pensó en el reto final, y recordó que debía encontrar el búnker abandonado antes de que anocheciera.

Su esfuerzo por hallar a Agatha había sido en vano, a esta altura, ya no sabía ni por dónde continuar la búsqueda, por lo que prefirió enfocarse en cumplir la prueba. Poseía un gran sentido de ubicación en función de la posición del sol o las estrellas, y, en su mente, aún retenía las referencias que había registrado en la torre de vigía. Con esa información continuó la marcha, pero, esta vez, debió internarse por entre medio de la maleza. Atravesó la espesa vegetación abriendo paso con su espada. Avanzó más de un kilómetro a puro esfuerzo, hasta que el cansancio lo obligó a hacer una breve pausa. Adoptó una postura más distendida y apoyó sus manos en la cintura, cerró los ojos, y se tomó un instante para relajarse. A los pocos segundos, inesperadamente, oyó una voz familiar. Recuperó la atención e identificó el punto desde donde provenía el sonido. Corrió rápidamente, y se encontró con el joven Gisli, lucía extenuado y enfurecido. Hablaba sólo, y lanzaba insultos al aire, sus ojos estaban desencajados.

–¡Idiotas! Tendré cuerpo de cerdo, pero soy más hombre que cualquiera de ustedes –respondió cegado por la ira. Eros lo miraba sorprendido. La escena le recordó a varias de las prácticas, donde los aprendices más hábiles se burlaban de él. Gisli se enojaba mucho y sus mejillas se enrojecían de la bronca. Jamás tuvo una reacción violenta, pero siempre parecía que estaba a punto de explotar.

El bosque no era un lugar para hacer bromas. Sin embargo, Gisli se sentía hostigado como en los entrenamientos, a pesar de que nadie estaba allí, acosándolo. El chico continuó a la defensiva.

–¿Por qué se fijan en mi sobrepeso? Si soy lento es mi problema, igual puedo defenderme –retrucó, nuevamente, como si discutiera con alguien. Era evidente que las burlas que lo irritaban sólo existían en su mente. Enajenado, estaba a punto de quebrarse.

–Gisli, ¿estás bien?, te estás volviendo loco –intervino Eros preocupado.

–¿Volviendo loco? Es lo que faltaba, ahora también estoy loco –exclamó con la voz entrecortada. Luego se tomó el rostro con ambas manos, y estalló en llanto. El joven estaba anímicamente destruido. Eros se lamentó, su intención fue consolarlo, pero, sin querer, agravó su estado.

Apenas los separaba algunos metros, y Eros intentó acercarse para reanimarlo, pero en ese instante, una enorme bestia se hizo presente entre la espesura. De manera sigilosa y amenazante, se aproximó por detrás de Gisli, quien permanecía angustiado y sin fuerzas. Eros retrocedió unos pasos atemorizado. Se trataba de un dragón verde. La criatura se encontraba frente a ellos, parecía de fantasía, pero era real, tanto como el temor que los invadía en ese momento. Eros no supo que hacer, tan sólo atinó a alertar a su compañero.

–¡Gisli, Retrocede! –gritó con desesperación, pero su compañero continuaba hundido en su pena, y no reaccionaba frente al peligro.

La criatura se abalanzó sobre Gisli, y enroscó su cuerpo alargado y tubular alrededor del torso del joven, luego ejerció presión con furia. Se oyó crujir las costillas del robusto recluta, quien apenas pudo emitir un grito de dolor, que fue ahogado en un ataque brutal. El dragón abrió la mandíbula de par en par, y apresó de un solo mordisco su cabeza entera, arrancándola de cuajo. Dio un giro repentino, y se marchó tan raudamente como había aparecido. El cuerpo decapitado de Gisli se desplomó en el suelo dejando un charco de sangre.

La imagen fue espeluznante, Eros no pudo permanecer un segundo más en ese escenario, y echó a correr sin rumbo. Mientras se alejaba, lamentó no haber podido hacer algo más para proteger a su compañero. Una vez a salvo, detuvo la carrera, y se tumbó en la hierba. Permaneció algunos minutos masticando bronca y asimilando lo sucedido.

La pesadumbre se había apoderado de Eros. Se sentía abatido por los acontecimientos, pero sabía que debía continuar. Mientras trataba de reponer energías, sintió, a lo lejos, el relinche de un caballo. «Agatha» murmuró. Una bocanada de oxígeno invadió su pecho, inmediatamente, se levantó y comenzó a gritar, llamando a su caballo. Aguardo un momento por una nueva señal, y a los pocos segundos, volvió a producirse el mismo sonido. Esta vez pudo identificar su origen, provenía desde lo profundo del bosque. Se dirigió hacia ese punto, sin dudarlo, ni considerar peligros. Corrió con todas sus fuerzas en esa dirección, con los sentidos alerta. El relinche se oyó nuevamente, y mucho más cercano que las otras veces, pero antes de que concluyera, derivó en un gemido de dolor. Eros se detuvo, y un escalofrío recorrió su cuerpo entero. Temía que algo malo estuviera sucediendo con Agatha, desesperado, observaba en todas direcciones. Finalmente, advirtió el lomo de un gran animal tendido en el suelo, inmóvil, sobre una pequeña colina. Su pelaje brillaba como plata a pesar de la escasa luz que penetraba el follaje. Eros reaccionó, y se dirigió directo hacia el animal. Al llegar, se abalanzó sobre el cuerpo echado, se trataba de Agatha.

La yegua respiraba con dificultad, y emitía un sonido débil y agonizante. El abdomen mostraba una herida de gravedad, y la piel y músculos habían sido desgarrados con violencia, tenía expuestas las entrañas, y la sangre derramada era critica. El animal se encontraba a punto de morir.

Eros no podía creer lo que sucedía, estaba por afrontar una nueva perdida, y no sabía si tendría la fortaleza para superarlo. Entendió que aquel momento se trataba del final de su compañera, y no quiso perder tiempo intentando impedir algo irreversible, por lo que aprovecho ese último instante para despedirse de ella. Se aproximó al hocico de la yegua, y lo acarició suavemente, mientras percibía como sus ojos brillantes y enormes se entregaban de a poco. Se le partía el corazón con la escena, y no pudo evitar que las lágrimas le nublaran la vista. Se mantuvo a su lado hasta que sintió que el animal ya no respiraba. Eros grito con rabia, y abrazó los restos de Agatha. Luego cortó un mechón de sus crines como recuerdo, y lo enroscó entre la base de su espada y la empuñadura, y volvió a enfundar el arma.

No quiso dejar el cuerpo de Agatha a merced de las fieras que habitaban en el bosque. Por lo que pretendió cavar una fosa y darle entierro. Improviso una pala con un pedazo de tronco, y comenzó a abrir surcos en la tierra. Al cabo de varios minutos, estaba agotado, y apenas se vislumbraba el pozo, la precaria herramienta había cavado más en sus energías que en la tierra. Abatido física y mentalmente, se dejó caer de rodillas en el suelo. Resignado, sentía que su mayor miedo lo había vuelto a golpear.

Cuando nada parecía ir peor, se presentó un nuevo contratiempo: un dragón negro descendió desde los árboles. La bestia no parecía muy ágil, pero sus dos cabezas erguidas eran intimidantes.

Una de ellas efectuó un ataque repentino sobre Eros. A gran velocidad, el extenso cuello giró y se lanzó como un latigazo en dirección al joven, quien reaccionó rápidamente rodando por el suelo. Los colmillos del dragón impactaron en la tierra. Eros tomó el tronco con el que había intentado excavar, y lo arrojó sobre la gran cabeza, el golpe fue certero y la dejó aturdida.

La otra cabeza, lanzaba mordiscos al aire, y antes de que preparase una embestida, Eros se echó a la carrera. Descendió la colina velozmente, y se internó por donde la maleza se hacía más espesa. El dragón intentó perseguirlo, pero su desplazamiento tosco le impedía moverse en espacios poco despejados. Finalmente perdió su rastro, y Eros se libró del peligro.

A pesar de los machucones, y el dolor por la pérdida de Agatha, Eros logró sobrevivir a los primeros peligros. Pero no podía seguir desafiando a su suerte, debía subir la guardia, de lo contrario se convertiría en una presa fácil. Así que recuperó fuerzas desde lo más profundo, y continuó en la búsqueda del búnker abandonado.

Recorrió gran parte del trayecto sin detenerse. Tenía el objetivo más claro y se propuso arribar a la fortificación lo antes posible. Sus energías se incrementaron cuando, a lo lejos, divisó la torre del búnker. Comenzó a cortar la maleza con mayor intensidad, y se abría paso por la espesura como un animal salvaje. Al encontrarse a escasos metros, el terreno se volvió mucho más accesible.

Recorrió el último tramo con furor hasta quedar a un paso de la entrada al búnker. Al aproximarse, advirtió la presencia de otro recluta en el lugar. Pudo reconocerlo, se trataba de Aron, su mejor compañero de entrenamiento. La presencia de su colega fue una grata sorpresa, luego se dirigió a él.

–¡Aron! me alegrá verte a salvo –dijo, y se quedó esperando la respuesta del joven, pero este no respondió.

Eros volvió a repetir su comentario, y nada. Se acercó aún más, y percibió gran preocupación en el rostro del joven. Sus ojos estaban perdidos con la vista hacía el piso. Su posición era erguida como al formar fila en los entrenamientos. No había razón para el formalismo, pero lo más extraño era que omitía su presencia. De pronto, levantó la cabeza y escapó de ese estado de opresión, y rompió el silencio.

–¡Señor, hice lo mejor que pude! Por favor, necesito una nueva oportunidad –suplicó, mirando al frente, donde precisamente no había nadie. La situación le resultó familiar a Eros, recordó el mal momento vivido con Gisli, y reconoció en ambos cierta sugestión ante un dominio imaginario. Aún sentía culpa por no haber reaccionado a tiempo en la muerte de Gisli, por lo que no quería volver a pasar por lo mismo.

–¡Aron! ¿A quién le suplicas? No hay nadie ahí –intervino Eros con decisión.

–Para ti es fácil porque eres su favorito –respondió enojado, al menos, esta vez dejó de ignorarlo, y continuó en su estado de fascinación.

–¡Sí señor! No volveré a fallar Sigurd –exclamó Aron, se lanzó al piso, y comenzó a realizar flexiones de brazos, como cumpliendo un castigo. Aron no tenía buenos rendimientos en las prácticas, y eso lo llevaba a caer en represalias continuas, su relación con los maestros no era la mejor, en particular con Sigurd.

–Sigurd, eres un idiota, porque no te marchas y nos dejas tranquilo –lanzó Eros sorpresivamente, quería probar la reacción de su amigo. Esta vez, intentó romper el extraño vinculo participando del mismo. Pero el ensayo no parecía arrojar los mejores resultados. Aron se estremeció, quedó perplejo unos segundos, y luego reaccionó con vehemencia.

–¡Mira lo que has hecho! Ahora por tu culpa los dos estamos fuera de la prueba –retrucó enojado y preocupado. Se tomó la cabeza con ambas manos y se encogió en cuclillas, parecía un chiquillo lamentándose.

–Qué dirá mi padre cuando se entere de esto –murmuró por lo bajo. Eros se indignó con la situación, no podía ver a su amigo en ese estado, vulnerable, entregado.

Luego intuyó que algo malo sucedería, Aron estaba a merced de cualquier peligro, y la escena se convertía en un perverso *deja vu* de la muerte de Gisli. Finalmente, su palpito se hizo realidad, cuando un dragón gris los sorprendió desde lo alto de la atalaya. Se mostraba impaciente y enfurecido recorriendo el borde de la torre.

Antes de que la amenaza se tornara más grave, Eros abrió la puerta del búnker con prisas. Por fortuna, la entrada no estaba bloqueada, y el acceso quedó liberado fácilmente. Aron continuaba estático, en ese estado de obnubilación, pero Eros lo tomó de un brazo y lo impulsó hacia el interior del refugio.

Antes de que cerrara la puerta, el dragón saltó desde lo alto y se paró, agazapado, a unos pocos metros de la entrada. Eros lo observó directamente a los ojos, y mantuvieron una intensa mirada por un instante. La criatura emitió un gruñido y le mostró los dientes, luego se abalanzó sobre el ingreso. Eros actuó con rapidez, y cerró la puerta dejando caer la barreta que bloqueaba el acceso desde adentro. Se escuchó un fuerte golpe del otro lado, pero la puerta resistió perfectamente. La bestia no volvió a insistir, y, por primera vez en la tarde, Eros se sintió a salvo.

10

Elena se encontraba en la alcoba real junto a su padre, el rey Gregor. Mantenían una fuerte discusión remontando un viejo pleito familiar.

–¿Por qué permitiste que la prueba se realizará en el bosque? Eso y una sentencia a muerte es lo mismo –recriminó duramente Elena.

–Son futuros guerreros, desde el momento en que ponen un pie en la guardia real, saben que su vida está en peligro. Es parte de su trabajo poner el pellejo en riesgo para defender a nuestro reino. ¡Esto no es para cobardes! –exclamó, mientras comenzaba a perder la paciencia.

–Eros es muy valiente, él está dispuesto a arriesgar su vida por nuestro pueblo. Pero este desafío es innecesario, y corre peligro su vida, es injusto.

–Ahora entiendo por qué tanta preocupación, lo que te preocupa no son los reclutas, sino tu amiguito –retrucó con rabia.

–Es un desperdicio exponerlo inútilmente, él podría ser un gran guerrero, sus puntuaciones son las más altas de los últimos años –dijo, angustiada, y retomó con mayor ímpetu –. Además, es una persona muy importante para mí, él es familia.

–¡Esto me supera!, te atreves a decir que un plebeyo es parte de tu familia. Eres una princesa, algún día serás reina, tendrías que tener un poco más de respeto por la realeza –explotó, sus ojos ardían de furia. Elena tan sólo agachó la cabeza y dejó que su padre concluyera el discurso.

–Tendré que acelerar lo de la boda, así te sacas esas locuras de la cabeza –lanzó, y tras unos segundos de tensión, retomó aún más intrépido–. Después de todo, si se lo traga un dragón tendré un problema menos –afirmó con dureza, Elena prefirió sostener el silencio. No era la primera vez que discutían sobre el tema, Gregor no podía soportar el vínculo que existía entre su hija y Eros, debía respetar los formalismos de la realeza, y aquella situación era una amenaza permanente.

Finalmente, Elena se retiró de la habitación sin despedirse de su padre. Se dirigió a su alcoba personal, y fue escoltada por un guardia a pedido del rey, la princesa era osada y temía que hiciera algo impropio por la bronca.

Elena se recostó sobre la cama y lloró por unos minutos, pero su indignación la mantenía intranquila. Masticó la bronca hasta que no pudo con su genio, y decidió hacer algo al respecto. Abrió la ventana de su alcoba y escapo por los tejados. A pesar de ser una princesa, tenía ciertas destrezas que escapaban del protocolo.

Disimuladamente se alejó de las inmediaciones del castillo, y enfilo hacía el bosque encantado. Necesitaba saber que Eros estaba a salvo. No tenía decidido qué hacer, pero consideró que en el camino lo descubriría.

11

Eros y Aron se encontraban en penumbras en la cámara de ingreso del búnker abandonado. La escasa iluminación dependía de la luz exterior que se colaba por entre medio de los barrotes de una pequeña ventanilla, ubicaba en lo alto de una pared.

Arrumbados contra un costado, había algunos artefactos rudimentarios para hacer fuego: una antorcha maltrecha, un pedernal y pirita. Eros comenzó a golpear las piedras para provocar chispas, y Aron acercó la antorcha con intención de encenderla. Los primeros intentos fueron fallidos, los materiales eran añejos y dificultaban la tarea. De todos modos, continuaron probando, mientras tanto, dialogaron sobre lo sucedido fuera del búnker.

–Me salvaste la vida, si no fuera por ti me hubiera devorado ese dragón. Estaba bloqueado, esta vez Sigurd se pasó de la raya –dijo Aron, tratando de justificar la actitud que había adoptado.

–¿Sigurd? –preguntó Eros, le resultaba extraño que aún creyera que el maestro guerrero había estado presente junto a ellos.

–¡Sí! Sigurd, sé que no me estaba yendo bien en los entrenamientos, pero no es justo tanta exigencia, me tiene de punto. ¿Oíste las cosas que me dijo? –exclamó convencido de que todo había sido real.

–Nadie te dijo nada, todo fue producto de tu imaginación. Sigurd no estaba allí, la voz de tus miedos era la que hablaba.

–No puede ser, estaba frente a mí, criticando mi forma de actuar. Sabía que me expulsaría del grupo, es lo que quiso siempre –retrucó, aún convencido de lo que había visto.

–Estoy hablando en serio, yo estaba a tu lado, no había nadie más. Nunca estuvo Sigurd ahí, tienes que aceptarlo. El bosque estaba enfrentándote a tus propios miedos, tal como lo anticipó el viejo Harald –concluyó Eros, esta vez más convincente.

–No lo puedo creer, entonces todo lo que sucedió ahí afuera no fue real.

–No, todo no, el dragón sí era real, y si no fuera por mí, te hubiera arrancado la cabeza.

–Ya lo sé, gracias por salvarme –respondió Aron, al momento en que la enésima chispa, al fin, encendió la brea de la antorcha. Toda la habitación se iluminó, y ambos volvieron a verse las caras. Eros lucía fatal, llevaba en su imagen el estigma de los contratiempos superados en las últimas horas. Su estado despertó la atención de Aron, quien no tardó en preguntar.

–¿Qué te pasó? Pareciera que volviste de la guerra. ¿Tú también te enfrentaste a tus miedos? –preguntó, intrigado.

–No, los problemas que enfrenté fueron reales –dijo, e hizo una pausa y se le enrojecieron los ojos al recordar a Agatha–. Perdí a mi yegua, amaba a ese animal –soltó con la voz entrecortada.

–Lamento mucho tu perdida, pero no estaba permitido ingresar al bosque con el caballo ¿por qué lo hiciste?

–No lo hice. Ella escapó e ingresó por propia voluntad. Traté de encontrala, pero llegué tarde. Tenía miedo de que eso sucediera… –expresó, pero fue interrumpido por Aron.

–¿Dijiste miedo?

–Sí, eso dije.

–El bosque te enfrenta a tus propios miedos, es lo que sucede, ¿verdad? Si el cruce con Sigurd fue producto de mi imaginación, entonces, qué hay de lo que te paso a ti –concluyó, abriendo un vestigio de esperanza.

–No, no puede ser. La vi morir en mis brazos, si hasta tomé un mechón de sus crines como recuerdo –respondió, mientras quitaba su espada de la funda. Inmediatamente, se sorprendió al notar que el trozo de pelo no estaba en la empuñadura, tal como lo había colocado. Aron lo miró confundido, mientras Eros buscaba el mechón ausente en el fondo de la funda y en la armadura, incluso en el suelo. Sabía que no podía haberse perdido, lo había atado de tal forma que era imposible que se soltará. Temía que aquello se tratara de una falsa esperanza, pero todo indicaba que la muerte de Agatha había sido una simulación en su mente, para enfrentarlo a uno de sus mayores miedos. No pudo evitar ilusionarse, y volvió a hablar, estremecido.

–Tal vez tengas razón y no murió. Espero que los dioses estén de mi lado –exclamó, su rostro irradiaba emoción.

Luego ambos ingresaron al salón principal, donde Eros encendió el candelabro de la entrada con la antorcha. La luz se propagó por todo el lugar, y, tras cientos de años de oscuridad, miles de reliquias volvieron a brillar y exhibir sus colores.

El salón estaba montado sobre una amplia habitación de paredes gruesas de rocas de granito, la acústica era perfecta, ningún sonido se atrevía a ingresar o escapar del recinto cuando la puerta se cerraba. Sobre los laterales, colgaban cortinas de terciopelo y amplios murales con pinturas basadas en arte realista, representando hitos destacados de las batallas en defensa del reinado del Sur. En el fondo, relucía una enorme bandera con el estandarte del reino del Sur, y, debajo, una larga tarima sostenía una interesante colección de armaduras, representando la evolución de la caballería a lo largo del tiempo.

En el centro se extendía una mesa rectangular en la que se podían reunir más de treinta personas. Esta se encontraba sucia, con manchas de residuos putrefactos, impregnados sobre la superficie, y jarros desparramados. Daba la impresión que aquel sitio había sido abandonado de improvisto. El olor a rancio y humedad era intenso.

Eros se acercó a una estantería que exhibía una serie de medallas y condecoraciones otorgadas a grandes guerreros de la época. Entre los galardones se destacaba un medallón de oro y plata que resplandecía por encima del resto. Este pertenecía al último capitán al mando de las tropas de la resistencia, antes de que el hechizo cayera sobre el bosque. El guerrero había sido un gran estratega y sacrificó su vida en la batalla. Su heroísmo había sido muy reconocido en el reino y recordado hasta la fecha. Aquella insignia era una verdadera reliquia olvidada en ese salón, Eros consideró que sería el trofeo perfecto como muestra del cumplimiento de la primera prueba.

Por su parte, Aron se había quedado fascinado con una pintura en piel de gacela, que recreaba el enfrentamiento entre un caballero y un dragón gris, la misma bestia que lo había amenazado en la puerta del búnker. Enrolló el cuero y lo amarró en el ristre de la armadura.

La noche estaba al caer, y, según las recomendaciones de los maestros guerreros, no era conveniente permanecer en el bosque durante la noche. Ambos reclutas decidieron emprender el retorno.

Salieron del búnker con precaución, y, por fortuna, ya no había rastro del dragón que los había sorprendido al ingreso. Aceleraron la marcha para alejarse de la fortificación lo antes posible. Al internarse en la maleza, se sintieron mucho más seguros, y avanzaron por la espesura sin detenerse. Con el correr de los minutos, los invadía la adrenalina de estar a punto de cumplir la prueba, tan sólo debían llegar sanos y salvos a la salida.

Al mediar el camino de retorno, atravesaron una pequeña laguna, donde el agua les llegó a la altura del pecho, pero no los detuvo. Cruzaron la charca con facilidad, pero una vez que abordaron la orilla opuesta, Aron se detuvo, e irrumpió desconcertado.

–¡No lo puedo creer!, esto es una maldición de los dioses –gritó con bronca.

–¿Qué paso? –preguntó Eros, mientras detenía su marcha.

–No tengo la pintura conmigo, se habrá caído en el agua –exclamó, perplejo. Dio la vuelta y enfiló hacía la laguna, se zambulló y comenzó a buscar el trasto. Se desplazó hacia el centro de la charca, donde halló el cuero flotando en el agua estancada. Tomó el objeto con desesperación, y lo levantó por encima de sus hombros, como si exhibiera un trofeo, la sonrisa se dibujaba en su rostro.

Eros observó la escena desde la orilla, y advirtió que la pintura estaba afectada, se había corrido completamente. Aquello ya no era una obra de arte, se trataba de un cuero manchado, corriente como cualquier otro. Con pena, tuvo que anunciarle la mala noticia.

–Aron, lo lamento, pero tu pintura no se ve muy bien –expresó con tono dramático. Aron bajó la pintura y la examinó, no podía creer lo que había sucedido. Dejó caer el cuero, otra vez al agua, y se tomó la cabeza con ambas manos. Comenzó a girar sobre su posición lanzando insultos al aire. La situación era tragicómica, y Eros estalló en carcajadas.

–Volveré a buscar otra pieza, no tengo alternativa. Tú debes continuar tu camino, no quiero demorarte –expresó Aron, un poco más tranquilo y resignado.

–Te acompañaré, pero debemos apurarnos, pronto comenzará a anochecer –contestó Eros, no le gustaba la idea de demorarse, pero no quería abandonar a su amigo tampoco.

–Perfecto, no perdamos tiempo entonces –exclamó Aron, y retomó el rumbo hacia el búnker. Eros se dirigió a la laguna nuevamente, y mientras hundía los pies en el barro, escuchó la vos de Aron, esta vez, con tono de discusión. Alarmado, elevó la mirada y observó a su compañero, de espaldas y aún dentro del agua, intercambiando palabras con alguien, en dirección a la orilla. Trató de identificar al sujeto, pero no había nadie ahí. Eros se aproximó un poco más para poder oír el diálogo.

–¡Discúlpeme padre! Sé que aún puedo lograrlo, recogeré otro objeto y llegaré a tiempo, no lo defraudaré. ¡Se lo juro! –imploró, angustiado, como si fuera un niño.

–No me diga eso, por favor, debe confiar en mí –suplicó Aron, perturbado.

–¡No! No lo escuches –gritó Eros, inmediatamente, advirtiendo que su amigo había sido atrapado por otro de sus miedos, tal vez el peor: decepcionar a su padre.

Aron no lo escuchó, y continuaba justificándose ante la figura de su padre, imaginaria y omnipresente. Luego se quebró y comenzó a implorar para que creyera en él. La escena era triste y lamentable. Pero todo empeoró cuando desde el agua turbia, emergió un dragón azul.

La bestia se asomó por detrás de Aron, frente a la mirada expectante de Eros, quien ya nada podía hacer para salvar a su amigo. El dragón impulsó un movimiento certero y fugaz, abordando al joven por la espalda. El cuerpo de Aron fue sumergido por la bestia y nunca más retornó a la superficie.

–¡No! ¡Aron! –gritó Eros, desesperado. Se sentó en la orilla, aturdido, esperando que un milagro rescatara a su compañero. Pasaron los minutos y no hubo rastro de Aron. Sin nada más que pudiera hacer, debió continuar el camino sólo.

Eros dejó atrás la laguna, pero cargo a sus espaldas el dolor de haber perdido a un amigo. Retomó el rumbo hacía la salida nuevamente. Durante un largo trayecto la espesura fue un obstáculo permanente, hasta que, por fin, accedió al camino de los miedos. Aún restaban varios kilómetros para abandonar el bosque, pero todo parecía encaminarse. El objetivo se encontraba mucho más cercano.

Caminaba alerta, atento a cualquier amenaza, no quería ser sorprendido por otra bestia. Tras varios minutos de marchar en soledad, advirtió a lo lejos, por la misma senda, la silueta de una persona avanzando hacia su posición. Luego la imagen fue más precisa, se trataba de una mujer. Cuando se encontraba a escasos metros, reconoció a esa dama misteriosa, era Elena, no podía entender su presencia en ese lugar. Se acercó a ella inmediatamente.

–¡Elena! ¿Qué haces aquí? –preguntó, sorprendido y preocupado.

–Oí rumores acera de esta prueba, el riesgo al que los expusieron. No me dijiste que era tan peligrosa esta misión.

–Un guerrero tiene que estar preparado para todo –respondió con suficiencia.

–Hay una gran conmoción en el pueblo, las familias de los reclutas están desesperadas –exclamó, e hizo una pausa, y retomó con mayor intensidad–. Yo estaba muy preocupada por ti.

–¿Por qué ingresaste al bosque? No es lugar para una princesa.

–Lo hice por ti, no podía esperar más, necesitaba tener noticias tuyas.

Ambos se quedaron en silencio un momento, mientras retomaban el camino de regreso. Eros estaba conmovido con la reacción de la joven. No justificaba el riesgo que había asumido, aunque lo llenaba de orgullo. Siempre había adorado a esa mujer, y, desde hacía un tiempo atrás, sus sentimientos habían alcanzado otro nivel. De todos modos, temía enfrentar al desamor, y que una desilusión debilitara su integridad, afectando a su carrera y todo lo que había en juego en su presente.

Pero el gesto de Elena rompía cualquier especulación, tal vez ahora, no veía tan descabellada la idea de imaginar un futuro con ella.

–¿Dónde estás? –preguntó Elena, Eros estaba sumergido en su pensamiento.

–¡Aquí! perdona, es que… –balbuceó, dubitativo.

–Tranquilo. No te pongas nervioso –acotó, entre risas.

–¡Eres increíble! Me sentía abatido, creo que pasé las peores horas de mi vida, sin embargo, apareciste tú y cambiaste mi estado de ánimo en un instante. Eres muy importante para mí –dijo, emocionado, sentía que era un momento especial.

–Gracias. Tú también eres importante, por eso estoy aquí –respondió, y se mostró un poco inquieta, parecía estar atesorando algo, que no se animaba a decir. Eros percibió su vacilación, y se puso ansioso. Presentía que algo trascendente estaba por ocurrir.

–¿Quieres decirme algo? Sabes que puedes contarme lo que sea –soltó, sin resistir más.

–¡Sí! Es importante, quería darte una noticia –anunció, misteriosa, y remató al instante–. Mi padre organizará mi boda, ya lo tiene decidido, me casaré con un príncipe antes de que comience el invierno. Me gustaría que estuvieras presente –lanzó la noticia como una flecha envenenada. Un instante atrás había considerado la posibilidad de compartir una vida con ella, y un minuto más tarde, esa idea había quedado sepultada cien metros bajo tierra.

Eros se sintió herido por el anuncio, pero no quería mostrarse vulnerable. Sabía que pertenecían a mundos diferentes, y que una relación con Elena no estaba a su alcance.

Como buen guerrero su corazón debía ser fuerte. Su rostro se convirtió en piedra, y respondió con diplomacia.

–Acepto. Seré tu invitado de honor –dijo, forzando una sonrisa. Luego, tratando de mostrarse un poco más espontaneo, continuó– Tú te vas a casar, yo me uniré a la guardia real, parece que estamos cumpliendo nuestros objetivos. Al salir de aquí deberíamos celebrarlo.

–¡Por supuesto! Ahora hay algo más que quiero mostrarte –lanzó y volvió a ponerse enigmática. Eros ya no estaba para más sorpresas, su cara no podía disimulalo.

Elena miró hacia arriba, y emitió un sonido exótico, como imitando el canto de un ave. A los pocos segundos, se oyó crujir varias ramas, y la escasa luz se vio envuelta en una gran sombra. Una ventisca ligera se deslizó entre los árboles, y provocó algunos torbellinos que hacían revolotear a las hojas. Una extraña energía se percibía en el ambiente.

De un momento a otro, el origen de esa presencia se dio a conocer: un gran dragón rojo descendió desde las alturas, sobrevoló en círculos alrededor de los jóvenes, y finalmente se detuvo frente a ellos. Elena tomó la iniciativa, y se acercó a la criatura. Eros reaccionó, e intentó detenerla sujetando uno de sus brazos. De inmediato, el dragón gruñó y lanzó un humo espeso y ardiente desde la nariz. Eros se quedó petrificado, ante esa respuesta intimidante. Sin embargo, Elena se mostraba relajada. Acarició la mandíbula de la bestia, sin que está se inquietara.

–Existe un único dragón por humano, y yo encontré el mío. Te dije que algún día montaría uno, pero no quisiste creerme. El día en que celebré mi casamiento, llegaré volando con este gran dragón. Nadie olvidará eso –concluyó, alardeando de su presente inmejorable.

Eros se hallaba incómodo con la situación, Elena había despojado sus ilusiones, pero además lucía extraña, presumía de una vida vinculada a la realeza y, como si fuera poco, hasta había domado el dragón que siempre había soñado. Parecía que tenía todo resuelto, y que él había quedado fuera de todo. No podía evitar que su condición de plebeyo, lo hiciera sentirse más inferior que nunca ante aquella princesa.

De un momento a otro, se vio rendido, incluso ponía en duda su continuidad en la guardia real, en parte, había elegido esa carrera para convertirse en caballero y estar más cerca de ella. Después de todo, consideró que, tal vez, su destino estaba más ligado a los establos, como su padre.

Volvió la mirada sobre Elena, pero ella tenía la atención puesta en la bestia. El espécimen era fabuloso, sin dudas, el dragón más voluminoso e imponente de todos los que había cruzado durante la tarde. Poseía alas enormes y fibrosas, con puas filosas que se asomaban en los extremos. Su cuerpo de color morado era del estilo reptiliano, cubierto por escamas gruesas, y con patas musculosas y potentes. Aquella bestia tenía cabeza de serpiente, con largos cuernos que se pronunciaban desde la base del cráneo, y colmillos prominentes. Sus ojos de color verde, eran redondos y pequeños, con pupilas finas y verticales, que transmitían una mirada fría y amenazante.

Esa criatura no era de fiar, y Eros comenzó a sentir algo más que una mera incomodidad. Por más que Elena mostraba tener todo bajo control, percibía que algo andaba mal, y una oleada de inseguridad lo azotó inesperadamente. El extraño temor lo quitó por un momento de su estado de depresión y lo puso alerta, expectante. En ese instante observó al dragón y detectó cierta ira en su mirada, el miedo le erizó la piel. De manera fortuita, una extraña reflexión se instaló su mente: Elena le había hablado acerca de los dragones rojos y blancos, ambos extraordinarios, pero opuestos, uno reflejaba el mal y el otro la evolución, juntos propiciaban el equilibrio. Ella deseaba volar por las montañas en un dragón blanco, un sueño sublime de libertad y pureza, todo lo contrario, a lo que inspiraría un dragón rojo. En ese bosque hechizado aquella bestia era lo más parecido en apariencia, pero lejano en esencia. ¿Por qué Elena se vincularía con una criatura maléfica? No tenía sentido, salvo que se tratara de una ilusión, un engaño de la mente.

Eros desconfió de lo que sus ojos percibían. Uno de sus mayores miedos era alejarse de Elena a causa de sus diferencias de clases, y en ese escenario, parecía convertirse en el argumento perfecto para debilitarlo, y luego caer en las garras de un dragón.

Retrocedió hacia atrás, y se puso en guardia. Elena lo miro desconcertada.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó, y dio algunos pasos al frente.

–¡No te acerques! Tú no eres real, sólo estás en mi mente –exclamó Eros, conmovido pero firme.

–Estás muy tenso, es por lo que te dije del casamiento, podemos hablarlo, siempre hablamos todo –respondió, y sus ojos se pusieron vidriosos. Eros estaba emocionado por lo que veía, pero decidió mantener su postura.

–Si fueras real no tendrías un dragón rojo –dijo, y la miró fijo. El rostro de Elena se convirtió en furia.

–Tú qué sabes de mí, no conoces todos mis secretos.

–Pero conozco el interior de Elena, es la mujer más pura que conocí, y si existe un sólo dragón predestinado, jamás sería esa bestia horrible como la que está a tus espaldas –respondió con total seguridad. El dragón, enfurecido, gruño y lanzó una llamarada hacia arriba, parecía un volcán en erupción. La figura de Elena se mantuvo un instante inmóvil, y comenzó a desvanecerse. Las sospechas de Eros habían sido acertadas, se trataba de una siniestra alucinación.

Con la mente más clara, y las fuerzas renovadas, aguardó un instante hasta que la extraña figuración se diluyó por completo. Pero tras desaparecer esa imagen, quedó cara a cara con el temible dragón rojo. La bestia estaba rabiosa, y era cuestión de segundos para que iniciara un ataque. Eros prefirió tomar la iniciativa, desenfundó su espada, y, en una maniobra sorpresiva, se la arrojó directo a la cabeza. El filo se enterró en uno de sus ojos. La criatura se sacudió violentamente y el arma salió disparada hacia un costado. La sangre fluía con presión, y se chorreaba por la mandíbula del animal.

El dragón estaba aturdido, y Eros se echó a correr para alejarse del peligro. Avanzó por el camino de los miedos sin aminorar la marcha durante varios minutos. A lo lejos, comenzó a divisar la salida del bosque, y un torrente de energía recorrió sus venas. Continuó corriendo con todas sus fuerzas, y con cada metro que avanzaba se sentía más cerca de cumplir la proeza.

Cuando parecía que la pesadilla había concluido, sintió un fuerte zumbido a sus espaldas. Volteo la cabeza, y vio al dragón rojo volando directamente hacia su posición, las enormes alas provocaban un sonido aterrador. La adrenalina le brotaba del cuerpo, jamás había estado tan expuesto.

A penas restaban metros para llegar al final del camino, cuando la bestia lanzó una fuerte bocanada de fuego. Las llamas apenas rozaron su armadura, pero sintió como el calor del acero le sofocaba el cuerpo. Ya nada lo detenía, corrió sin tregua hasta que, por fin, logró atravesar el punto que delimitaba el bosque, trastabilló y calló rodando en el terreno llano. Levantó su cabeza y observó al sendero, ardía en llamas y algunos árboles habían caído producto del incendio. Entre medio de la humareda, apareció el dragón rojo, pero se detuvo en el límite, a tan solo metros del joven. Torció la cabeza y lo observó con su perfil sano. Durante unos segundos cruzaron una mirada intensa y desafiante. Luego la bestia dio media vuelta y voló hacia el interior del bosque.

Eros se encontraba extenuado, pero orgulloso de haber cumplido la primera prueba. Se levantó con dificultad y miró hacia el campamento. No había nadie presente, la noche estaba al caer, y, por lo visto, habían dado por muertos a todos los reclutas. Continuó caminando hacia el sur, y al pasar por la torre de vigía, oyó la vos de una mujer que lo llamaba.

–¡Eros! ¡Lo lograste! –exclamó Elena, apareciendo por detrás de la torre, montando a Agatha. Eros se detuvo, y se quedó atónito contemplando a su amiga y a la yegua aproximándose hacia su posición. No pudo pronunciar palabra, por un instante bajo la guardia y se abrió a la emoción, su rostro se empañó de lágrimas que sabían a desahogo, amor y valentía, entre otras cosas.

CAPÍTULO III

— La destreza —

12

El atardecer se desvanecía en el territorio de Tibur. La brisa tímida apenas sacudía las aguas calmas del lago de los dioses. En vísperas de una noche esplendida, Eros y Elena aguardaban por las primeras estrellas sentados sobre la orilla del lago.

Minutos atrás, habían cabalgado algunos kilómetros desde su encuentro en las cercanías del bosque encantado. Elena había tomado las riendas de la yegua, mientras que Eros apenas había podido sujetarse de ella en el recorrido. Había quedado agotado y el cansancio lo había mantenido callado durante todo el viaje.

Frente al lago, fue cuando, finalmente, Eros rompió el silencio.

–¿Dónde encontraste a Agatha? ¿Qué pasó con ella? –indagó preocupado por el animal. Elena frunció el entrecejo, y se sintió algo molesta con la pregunta. Hubiera esperado que el centro de atención estuviera enfocado en su aparición sorpresiva, más que en la yegua.

–Pensé que preguntarías por mí primero –indagó, impaciente, irónica, odiaba sentirse en segundo plano. Eros rio, y luego trató de enmendar el comentario.

–También quiero saber de ti, no te precipites. Lo que ocurre es que mientras estuve en el bosque tuve un mal presentimiento por Agatha –dijo, y se quedó pensando unos segundos, luego retomó mirándola a los ojos, emocionado–. ¡Temí lo peor!

–No debías preocuparte, siempre estuvo en buenas manos. Todos los caballos de los reclutas fueron llevados al establo real.

–Gracias por haberme recibido, fuiste la única persona que estuvo allí. Al parecer, el resto ya nos había dado por muertos –afirmó con bronca.

–Habían pasado muchas horas desde el inicio de la prueba. Los maestros guerreros pensaron que las chances de que hubiera sobrevivientes era muy remota. Yo me preocupé por ti –respondió, estremecida–. Necesitaba saber cómo estabas.

–¿Nadie sabe que estás aquí?

–No, me fui sin aviso, salí a escondidas. Agatha fue de ayuda, cualquier caballo de la realeza hubiera llamado la atención.

Eros se quedó un instante observando a la princesa, se sintió conmovido por el gesto. Elena lucía mucho más discreta de lo normal. Vestía un tabardo oscuro y sencillo, algo añejo, que le cubría el cuerpo entero. Tenía el cabello desprolijo, lo que resultaba extraño en ella. Era evidente que su intensión había sido pasar inadvertida.

–¿Qué pasó ahí adentro? –preguntó la princesa, interesada.

–Aquello fue un infierno. Tuve que ver morir a varios de mis compañeros, pero lo peor fue enfrentarme a mis miedos.

–¿Cuáles son tus miedos?

–Creo que mi mayor temor es perder a mis afectos, no toleraría más perdidas, ya tuve suficiente en mi vida. El bosque me hizo experimentar la muerte de Agatha, fue una situación horrible. Por suerte no fue real –afirmó, mientras dirigía la mirada hacía la yegua. El animal se encontraba a escasos metros de los jóvenes, alimentándose de los tiernos pastos que crecían sobre la orilla del lago.

–Sé que después de las pruebas me alejaré de Agatha, seguramente será asignada como auxiliar de entrenamiento a un nuevo recluta. Será difícil aceptarlo, pero no tiene comparación con verla morir.

–Puedes estar tranquilo ahora, ya sabés que no sucedió, ella está a salvo –afirmó Elena, mientras señalaba a la yegua.

–Aún hay más –dijo, misterioso–, tuve una dura experiencia contigo.

–¿También me viste morir? –indagó la princesa, sorprendida.

–No, pero conocí una parte de ti, que desearía que existiera sólo en aquella alucinación –soltó, aportando aún más intriga.

–Adelante, que viste de mí –dijo, ansiosa.

–Tenías tu vida resuelta, una gran boda, hasta poseías un dragón rojo. Y yo había quedado fuera de todo.

–¡Un dragón rojo! –exclamó, y se echó a reír con ganas.

–¿Por qué te ríes? Fue dramático –exclamó, algo irritado por las risas.

–Sería imposible que tuviera un dragón rojo. Sabes que los dragones rojos… –dijo, y fue interrumpida por Eros.

–Ya sé cómo son los dragones rojos, casi fui devorado por uno de ellos. Antes no sabía de dragones, pero ahora soy un experto. No creo que tus libros digan más de lo que aprendí allí adentro –retrucó, con ímpetu.

–Está bien, experto en dragones. Tendrás que contarme sobre ellos, entonces.

–Tal vez, pero en otra ocasión. Esas criaturas no son como el dragón blanco con el que sueñas.

–¿A qué te referías con qué tenía todo resuelto? –retomó Elena, dejando de lado a los dragones.

–Tu vida era perfecta, y parecía que no necesitabas de mí. Eso sí me dio miedo –dijo, e hizo una pausa mientras la miraba a los ojos–. ¿Qué lugar ocupo en tu vida? –dijo, sin rodeos, la pregunta era incomoda, pero sabía que no habría un mejor momento para soltarla.

–No hace falta decirlo. Ocupas un lugar muy importante en mi vida. De lo contrario no estaría aquí, y a escondidas del rey. Pero, por favor, no lo hagas más difícil –respondió, incomoda, tratando de eludir el compromiso–. Qué te parece si hacemos algo más interesante –lanzó, inesperadamente–, podríamos darnos un baño en el lago.

Eros se sintió avergonzado, deseó no haber formulado la pregunta. También quiso huir del momento, y la propuesta de Elena era el escape ideal.

–Adelante, como cuando éramos chicos –asintió, y se levantó con dificultad, aún le dolían los golpes de la dura jornada.

Elena se desajustó el tabardo y dejó caer la prenda sobre sus pies. Su cuerpo asomó apenas cubierto por un camisón ajustado de fina seda, y su piel quedó expuesta frente a la mirada de Eros, como nunca antes. El joven permaneció unos segundos paralizado por el espectáculo repentino, mientras ella se internaba lentamente en el agua.

Para entonces, la noche ya estaba instalada, y una luna redonda y brillante proyectaba su imagen gemela sobre la superficie serena del lago de los dioses. La luz natural era la única fuente que iluminaba la escena, tenue pero suficiente como para vislumbrar entre penumbras la silueta armónica de la princesa.

Eros desechó los restos de su armadura maltrecha y se quitó sus prendas más pesadas. Luego persiguió los pasos de Elena, y los dos se adentraron en lo profundo. Nadaron libremente por un momento hasta reunirse en un mismo punto, donde permanecieron flotando y en cercanía. Ambos disfrutaban de la compañía, parecían adolescentes divirtiéndose.

El agua estaba helada, y, con el correr de los minutos, comenzó a clavarse en los músculos como agujas. La princesa comenzó a sufrir el frio, Eros lo notó, y la ayudó a nadar hasta donde el agua les llegaba a la altura de la cintura. La abrazó estrechando su cuerpo tembloroso contra el suyo, frotó su espalda con las manos transmitiéndole calor, y logró que se estabilizará un poco. Al tocar su piel, abordó un sinfín de sensaciones, sintió que su pecho se abría inevitablemente a un sentimiento puro e inédito, pero, al mismo tiempo, experimento un estado de vulnerabilidad que lo aterraba. Pensó que su amor por la princesa lo trasladaba al campo de batalla más peligroso que jamás había enfrentado, pero como buen guerrero debía ser valiente. Recorrió con la vista todos los caminos hasta interceptar la mirada de la princesa. Alzó la mano para acariciar sus mejillas y, sin dudarlo más, atrapó sus labios con el beso que siempre había reprimido.

Ambos se besaron con pasión, dejando atrás, por un instante, todas las diferencias que los separaban. El encuentro fue fugaz e intenso, un viaje relámpago a través de aquel deseo profundo y prohibido. Luego se observaron y volvieron a la realidad, la princesa, confundida y nerviosa, trató de emitir alguna frase, pero Eros ahogó sus palabras apoyando el dedo índice en su boca. Con un gesto elocuente, le transmitió calma, indicándole que entendía que aquello no debía significar más que un impulso, una bocanada de libertad.

13

El sol del mediodía atravesaba el cristal de los ventanales de la torre del homenaje. En la antesala del salón principal, la luz brillante se proyectaba sobre el piso de madera pulida, y hacía resplandecer aún más el ambiente. El cuarto poseía una delicada decoración acorde al gusto del rey Gregor. Las paredes estaban cubiertas por un fino tapiz con esbeltas pinturas de arte surrealista, representando seres mitológicos, dragones y dioses. Entre las obras más destacadas, sobresalía la figura del propio rey montado a un dragón blanco a punto de alcanzar el umbral de los dioses.

Hacia uno de los laterales se extendía una hilera de sillones de madera tallada con almohadones de terciopelo. Dos de los asientos estaban ocupados por Eros y Sigurd, quienes mantenían un diálogo discreto, a la espera del ingreso al salón. Ambos habían sido invitados a un banquete por pedido exclusivo del rey.

–Entiendo tu bronca, pero tienes que comprender que hay protocolos que cumplir. El tiempo de espera estaba agotado, y las expectativas de que hubiera sobrevivientes eran nulas –excusó Sigurd, justificando su ausencia en el puesto montado al ingreso del bosque encantado.

–Estuve a punto de perder la vida ahí adentro, al menos, podían habernos esperado –retrucó Eros, no existían palabras que pudieran conformarlo.

–Tal vez deberíamos tener esta charla en otro momento. Estamos a punto de asistir a una reunión importante, no lo arruines. Debemos mostrarnos como una unidad –respondió, esta vez alzando un poco la voz. De inmediato, advirtió el descuido y se reprimió. Eros tan sólo permaneció en silencio.

A los pocos segundos, la puerta se abrió y se hizo presente Einar, uno de los consejeros más cercanos al rey.

–Señores, el rey Gregor aguarda por vuestra presencia –anunció, e hizo una reverencia para que ambos accedieran a la habitación.

Eros avanzó tímidamente, sentía nervios por la trascendencia del evento, jamás había estado tan cerca de su majestad. A medida que se adentraba en el salón, se sentía vislumbrado con cada detalle que apreciaba del lugar. En la sala abundaba el lujo y la elegancia, y en el centro, una larga mesa exhibía el festín que jamás hubiera imaginado. Había comidas exquisitas y abundantes, y platos que ni siquiera sabía que existían.

Einar les indicó dónde debían ubicarse, y la mesa quedó completa. Además de ellos y el consejero, también se encontraban sentados Harald y Klaus, este último era la autoridad máxima de la guardia real. En uno de los extremos, aguardaba el rey Gregor para comenzar con el agasajo.

–¡Bienvenidos a mi mesa! –anunció con la voz en alto–. Decidí recibirlos con este banquete para homenajear la valentía y el coraje de este joven guerrero, y la dedicación y sabiduría de su maestro, quien, seguramente, lo habrá guiado en su camino. Quiero que se sientan a gusto, mi castillo es vuestra casa.

–Muchas gracias vuestra majestad –respondió Sigurd formalmente, Eros asintió con un gesto. Sigurd lo miró con decepción, consideraba que la expresión había sido, cuanto menos, pobre para responder el saludo de un rey.

Gregor hizo una seña dando permiso para que todos comenzaran a servirse la comida.

–¿Joven guerrero?, perdón, ¿cómo es tu nombre? –preguntó Gregor, conocía la respuesta, pero prefería marcar cierta distancia.

–Mi nombre es Eros, vuestra majestad –dijo, y Sigurd emitió un gesto de aprobación, ahora estaba más conforme con los modales del joven.

–¡Eros! Que nombre tan interesante –comentó el rey, con sarcasmo, y tras un instante de silencio, retomó–. Eros, creo que significa amor y fertilidad. Espero que no enamores a todas las mujeres del reino, al menos, no a la princesa –lanzó, y echó a reír con desdén, todos en la mesa hicieron eco de las risas, salvo Eros, quien permaneció callado.

–Sólo bromeaba, es un buen significado, lástima que no pertenezca a nuestra mitología, es un nombre extranjero, ¿verdad? –preguntó Gregor, sorpresivo y audaz, Eros se sentía cada vez más incómodo con la situación.

–Sí, así es. Mi padre migró a estas tierras en busca de prosperidad. Mi nombre proviene del extranjero, pero yo residí casi toda mi vida en este reino, y estoy dispuesto a morir peleando para defenderlo –respondió, contundente.

–¡Muy bien! Eso me enorgullece muchacho. Por lo que me han contado, tienes un gran futuro en la guardia real, tengo entendido que fuiste el único recluta en aprobar la primera prueba del reto final.

–Sí, fui el único recluta en aprobar la primera prueba, y también el único en sobrevivirla –respondió, y se propagó el silencio en la sala. Sigurd le golpeó la pantorrilla con la punta de la bota, y Eros tuvo que disimular el dolor sin emitir sonido, y comprendió que su maestro estaba a punto de perder la paciencia.

El rey no quiso continuar y observó a Klaus, cediéndole la palabra. El militar tomó la iniciativa inmediatamente.

–Eros, estamos muy orgullosos por tu rendimiento. Fue muy valiente lo que hiciste en el bosque. Ahora cuéntanos, ¿cómo fue esa experiencia? –indagó Klaus, expectante, ansioso por obtener información.

–No fue fácil, pero la experiencia me dejo gran sabiduría –respondió y comenzó a describir los hechos que debió superar en el bosque encantado. El joven aún sufría estrés por lo acontecido, y aprovechó la circunstancia para descargar parte de la tensión contenida. Al relatar lo vivido en el bosque, pudo sentir cierto alivio. Por su parte, Klaus no dejó de tomar nota de cada palabra, los hechos narrados le aportaron información muy valiosa.

Tras varios minutos de exposición, Eros hizo una pausa, y el militar volvió a tomar la palabra.

–Muy interesante, nos ofreciste datos que tendremos muy en cuenta para nuestras futuras misiones. ¿Hay algo más que quieras aportar? ¿Alguna reflexión?

–Sí. En ese lugar no cuenta poseer la espada más filosa, lo que te salvará es la fortaleza mental, y la entereza para afrontar tus miedos más profundos. Sólo quien tenga claro su destino podrá sobrevivir –concluyó solemnemente. El viejo Harald se mostraba conmovido por la historia del joven, y le dedicó algunas palabras.

–¡Te felicito! por haber superado la prueba, y, aún más, por el aprendizaje que adquiriste. Para tu corta edad eres un hombre muy sabio. Que los dioses te acompañen en tu camino –dijo el anciano, y el silencio se instaló por algunos segundos.

El espacio estaba sumergido en un ambiente emotivo. El rey se sintió algo molesto, odiaba el sentimentalismo, y prefirió cambiar de clima.

–¡Muy bien! Me gustaría hacerle un regalo a nuestro futuro guerrero –dijo, observó a todos, y dejó trascurrir un momento de suspenso–. En primer lugar, te daremos una condecoración por tu valentía –anunció, dirigiéndose al joven, y le hizo un gesto a Einar para que procediera con el protocolo. El súbdito sacó una pequeña medalla de metal del bolsillo, y la colocó sobre el cuello de Eros. La condecoración no tenía valor económico, pero un gran simbolismo para Eros, se trataba de su primer reconocimiento al servicio de la guardia real. La medalla tenía grabado su nombre y la leyenda *Con honor y valentía*.

La entrega de condecoraciones era una vieja costumbre del rey, quien adoraba obsequiarlas, repartía más medallas que saludos. Más allá de eso, para el joven era todo un acontecimiento.

Gregor se levantó de su silla y se acercó a Eros, lo tomó por los hombros y continuó hablando.

–Además de esta medalla, te concederé un deseo. Pide lo que quieras, pero ten en cuenta que soy un rey, no un mago –acotó, riendo, y nuevamente el resto de los presentes lo acompañaron con la humorada.

Luego se arrimó al oído del joven, y susurró por lo bajo.

–Ni se te ocurra pedirme la mano de la princesa –lanzó, en tono de broma, pero con sabor a amenaza.

–Ya sé que pedir, lo tengo decidido –respondió Eros, sin perder el tiempo.

–Adelante muchacho, ¿qué es lo que deseas? –preguntó el rey, intrigado.

–Quisiera que, en honor a los reclutas caídos, se dé por aprobada la primera prueba a la unidad completa. Y que todos estemos en igualdad de condiciones para rendir la siguiente instancia –dijo, y los presentes se miraron sorprendidos.

–Bueno, eso sí que salió barato. ¡Deseo concedido! –concluyó, y se sentó nuevamente en su lugar para continuar disfrutando del banquete. Sigurd y Klaus se miraron al mismo tiempo, dejando entrever que la decisión del rey, había sido tan determinante como poco conveniente para ellos.

14

Gregor era un rey soberbio y arrogante, pero, a pesar de sus modos, era un hombre de palabra. Le prometió a Eros que cumpliría con su deseo, y fue precisamente lo que hizo. En honor a los jóvenes caídos, concedió a los reclutas relegados la posibilidad de continuar con el reto final y participar de la siguiente instancia.

Los días transcurrieron y finalmente llegó la jornada esperada, la segunda prueba estaba en marcha. Una gran expectativa giraba en torno al evento, ya que el mismo rey ordenó promocionarlo como un espectáculo público.

El presupuesto destinado al esparcimiento era cada vez más escaso, sobre todo, luego del conflicto con el reino del Norte, las recaudaciones de impuestos arrojaban cifras preocupantes. En medio de la crisis, la jornada de pruebas se convertía en una excelente oportunidad para brindar un entretenimiento popular a muy bajo costo.

Ante ese contexto, la destreza de los reclutas quedaría bajo la crítica, no sólo de los maestros guerreros, sino también, de una multitud que esperaría con ansias un espectáculo sin precedentes.

Minutos antes de que los futuros guerreros salieran al campo, una vez más, Sigurd se encontraba frente a ellos explicando las reglas y la modalidad de la evaluación.

–¡Reclutas! –gritó Sigurd, y los jóvenes se alinearon en formación– Hoy tendrán la inesperada oportunidad de rendir la segunda prueba –hizo una pausa y reanudo nuevamente–. Dije inesperada, porque esta participación se debe exclusivamente a la valentía de este joven, que no sólo logró superar la primera prueba, sino que, además, tuvo la intrépida idea de solicitarle al rey que les concediera el pase a esta instancia –exclamó, y miró a Eros con cierto recelo, dejando en claro que no estaba de acuerdo con la decisión del rey.

»Hoy deberán superar una nueva prueba, donde evaluaremos la destreza de cada uno de ustedes en el campo de batalla. Consiste en un combate cuerpo a cuerpo con un prisionero de guerra. Contarán con armas y su caballo, y el enfrentamiento finalizará ante la sumisión o muerte de alguno de los contrincantes. Si logran reducir a su oponente, deberán tomar una decisión, podrán ser piadosos y perdonarle la vida o ejecutarlo, ya que no habrá pena por ello, pues se trata de un duelo a muerte. Pero tengan en cuenta lo siguiente, su rival no dudará en matarlos si tiene la posibilidad, y el público presente no olvidará lo que hagan ahí adentro.

–Señor, si el oponente se rinde, no sería digno de un caballero perdonarle la vida –preguntó uno de los reclutas, incomodo, contrariado.

–El honor de un caballero está en defender a su reino. El oponente es un enemigo, y la muerte es parte de la batalla. Yo prefiero morir combatiendo antes de caer prisionero. Usted será leal sólo a su bandera, y deberá hacer lo necesario para defenderla, morir si hace falta. La lealtad es sacrifico –respondió con firmeza.

»Esto es todo, reclutas. Espero que puedan demostrar lo aprendido –concluyó, e hizo un gesto para que comiencen a prepararse.

La reunión se desarrollaba en un almacén de granos, situado a unos pocos metros del campo de entrenamiento, donde una muchedumbre alborozada aguardaba por el espectáculo. El gentío rodeaba una explanada de varios metros de diámetro, ubicándose detrás de las vallas que delimitaban el espacio en el que se llevaría a cabo las pruebas. El marco era descomunal, la concurrencia había superado las expectativas. Sobre uno de los laterales, se extendían una serie de gradas para recibir a la nobleza. En el centro de la estructura permanecía sentado el rey Gregor y la cúpula de la realeza. Para garantizar el orden del evento, la guardia real había realizado un gran despliegue de soldados.

Al llegar el momento crucial, Sigurd eligió, al azar, a uno de reclutas para ser el primer evaluado, el guerrero asintió, y se dirigió hacia el campo de batalla. Avanzó lentamente cabalgando su caballo, y con la lanza firme y al frente.

Desde dentro del almacén, Eros observaba cómo se alejaba el joven rumbo al sector de enfrentamiento. La posición ofrecía una vista parcial del escenario, donde poco se aprecia del desarrollo, pero alcanzaba para reconocer un contexto extraordinario. Los aprendices no estaban al tanto de la organización, ni mucho menos se lo imaginaban. El evento presentaba una oportunidad única para lucirse, aunque la exposición era un arma de doble filo. Cualquier luchador podía pasar a la posterioridad a partir de una gran hazaña o una total decepción.

De pronto, estalló el clamor del público, y Eros retrotrajo a su mente los años de las grandes celebraciones, cuando el pueblo se vestía de euforia para recibir cada aniversario del reinado del Sur. No pudo evitar el recuerdo de su padre, donde juntos, en el establo, trabajaban duro para proveer a la caballería de los mejores especímenes, utilizados luego en los desfiles. Las fiestas eran muy disfrutadas, pero la crisis creciente las excluyó del presupuesto del reino.

Una nueva oleada de gritos acaparó el ambiente, insinuando que alguno de los luchadores habría tomado la iniciativa. Sin saber lo que ocurría en el campo, los reclutas sólo podían implorar a los dioses por un desenlace favorable a su compañero. A Eros le crispaba el estómago los nervios, y la espera le resultaba más difícil que la propia prueba.

En ese momento, Sigurd se acercó al cuerpo de reclutas y los observó, indeciso, vacilante, antes de seleccionar al próximo luchador. Inmediatamente, Eros hizo una seña y captó la atención del maestro. Su rostro delataba su impaciencia y las ganas de ser el siguiente. Sigurd asintió y le indicó que diera un paso al frente, luego le susurró algunas palabras al oído.

–Nadie más que tú merece esta oportunidad. Demuestra todo lo que tienes. Que los dioses te acompañen en la batalla –expresó, aquella frase era típica de la guardia real, utilizada en los enfrentamientos reales.

Eros montó a Agatha y se tomó unos segundos antes de avanzar. Miró al cielo y pensó en cuanto había soñado con esta oportunidad, luego se repitió a sí mismo: «Soy un guerrero, soy un guerrero».

Sin más preámbulo, enfiló hacía el campo de batalla. Agatha llevaba un paso lento y elevado, la marcha del animal se desarrollaba con elegancia y armonía, Eros quería ingresar luciendo el porte de un verdadero caballero.

Mediando el recorrido, pudo contemplar el panorama completo, la masa de personas era exorbitante. El clamor del público era continuo y ensordecedor, hasta que, de pronto, el bullicio se ahogó en un murmullo generalizado. La reacción espontánea era llamativa, resultaba evidente que algo inesperado había sucedido. Sin sentirse afectado, Eros se mantuvo firme hasta llegar a la entrada del recinto. Una senda angosta, de tierra y arena, se habría paso hacia el interior de la zona de enfrentamientos. A ambos lados, las personas, en su mayoría campesinos, se aglomeraban para brindar aliento.

Una vez dentro, se encontró con un marco imponente. Tras su aparición, el público recuperó el entusiasmo previo, y el griterío volvió a escena, el apoyo a los futuros guerreros era unánime e intimidante. Hacia un extremo del campo, dos guardias se llevaban a rastras a un luchador que alegaba ser el vencedor con sus gestos de júbilo. Cerca de ellos, un charco de sangre se hundía lentamente en la tierra. Un súbito escalofría recorrió el cuerpo de Eros, quien entendió que su compañero no había tenido la mejor suerte en la prueba.

Un hombre obeso y elegante cruzó hasta el medio del campo, y, asumiendo el rol de presentador, anunció el próximo enfrentamiento con gran frenesí, aquello se convertía en el desarrollo de un espectáculo, y poco quedaba de la prueba de un recluta.

–A continuación, les presentaré un gran combate –anunció el presentador, alzando la voz a un nivel extraordinario, su garganta resonaba como la de un león–. En este lado tenemos a un futuro guerrero de la guardia real, el recluta más prometedor, y el único valiente que se atrevió a desafiar los peligros del bosque encantado. Nuestro luchador es… ¡Eros! –concluyó, y el gentío lanzó un aplauso inspirador.

En ese instante, por el otro extremo, ingresó un guerrero con una armadura de color oxido montando un corcel negro, la imagen recreaba un caballero de la oscuridad, un personaje mitológico que, según las leyendas antiguas, enfrentaba el orden de los dioses. La muchedumbre abucheó aquella figura, y el conductor continuó con su discurso.

–En este otro lado, se encuentra uno de los prisioneros más odiados, un colaborador del demonio, quien tiene sangre de nuestro pueblo en sus manos, se trata del comandante del Norte… ¡Kol! –exclamó, y se retiró del campo. Eros se sorprendió al oír el nombre de su contrincante. Había escuchado historias en boca de juglares, que describían lo temido y peligroso que era ese enemigo, y lo celebrada que había sido su captura, un gran galardón para la guardia real. Ese personaje siniestro se encontraba frente a él, en un duelo a muerte. De un momento a otro, su preocupación se acrecentaba, ya no estaba en juego sólo el pase a la siguiente prueba, sino su propia vida.

El sonido de una trompeta retumbó en el aire, como un sonido de guerra anunciando la presencia del enemigo. El público exclamó exaltado y luego permaneció mudo, expectante. El comandante Kol tomó posición y ajustó su casco. Todo estaba listo, y la segunda prueba, para Eros, estaba a punto de comenzar.

El joven le dio unas palmadas a Agatha, y tomó su lanza con fuerzas, miró fijo a su oponente, y con un grito salvaje que nació desde sus entrañas, hizo que la yegua se lanzara como un rayo hacia el centro del campo.

Ambos contrincantes avanzaron a toda marcha. Al aproximarse, el guerrero del norte, inesperadamente, evitó la embestida y arrojó su lanza contra el cuerpo de Agatha. La yegua pudo esquivar el filo de la punta, pero el cuerpo de la lanza se enredó entre sus patas. El animal cayó estrepitosamente contra el piso, y Eros salió despedido hacia delante y rodó varios metros. El joven estaba enfurecido, la acción había sido muy sucia. Entendió que ya no se trataba de un entrenamiento, esto era una pelea real.

Al reincorporarse, advirtió que el comandante estaba a pocos metros de distancia, había desmontado de su corcel, y empuñaba una espada gruesa y brillante. La actitud de su oponente era desafiante.

–¡Novato! Pelearemos como hombres, quiero ver si tienes las mismas agallas sin tu caballo –dijo, provocador. Eros era un buen luchador, pero montado a Agatha se sentía imbatible, su punto fuerte era las embestidas a la carrera, pero, tras el primer traspié, se encontraba fuera de su escenario conveniente.

–Si es lo que tú quieres, te daré una buena paliza gallina norteña –respondió, desenfundo su espada y se lanzó al ataque como una tromba.

Avanzó con furia, al llegar a la zona de choque, práctico una estocada oblicua hacía arriba, quería perforarle el cráneo de un solo movimiento. El veterano guerrero dio medio giro eludiendo el ataque y contratacó con un paso de arco hacia la derecha, la espada impactó en la espalda del joven, la armadura se aboyó, pero no fue perforada, y el golpe revolcó a Eros en el piso. Un fuerte dolor se internó en sus costillas y lo dejó tumbado unos segundos.

–Eso es lo mejor que tienes. Con soldados como tú será fácil invadir este reino –exclamó, las burlas del comandante eran tan filosas como su espada. Eros no quería entrar en ese juego, por lo que prefirió tranquilizarse un poco. Su primera reacción había sido muy impulsiva, y por no cuidar la guardia terminó en el piso, aunque pudo haber sido peor. Sabía que tenía que ser más precavido. Mientras tanto, la muchedumbre se mantenía en silencio, Eros parecía llevar la peor parte.

Se levantó nuevamente, y se acercó a su oponente. Volvió a enfrentarlo, pero, esta vez, trató de ser más cauteloso. Con la guardia alta, protegía su defensa mientras estudiaba al rival. Por unos minutos, ambos arriesgaron poco. Los intentos eran inofensivos, y morían en bloqueos y movimientos de escape.

–El destino está escrito muchacho, ustedes nacieron para servirnos, para limpiar nuestra suciedad –dijo Kol, con una sonrisa de arlequín, quería desencajarlo otra vez.

–¡Es cierto! yo haré mi parte y limpiaré tu sucia sangre con mi espada –respondió Eros, y le borró la sonrisa del rostro. El comandante se sorprendió, esperaba una reacción más impulsiva. Eros notó en el veterano cierta vacilación, y atacó con decisión.

Practicó el amago de un ataque frontal, y derivó la acción en un barrido horizontal con paso agachado. Kol eludió el movimiento con dificultad, y trastabilló algunos pasos hacia atrás. El joven intuyó que era el momento de un golpe certero, dio un paso hacia delante con estocada al revés impactando la espada del comandante. El arma voló un par de metros, y lo dejó desarmado e indefenso. El público estalló en un grito de euforia, y comenzó a ejercer presión sobre el desenlace, como un coro del infierno, la muchedumbre repetía: «Ejecución, ejecución».

Eros estaba dominado por el orgullo, se abalanzó de inmediato sobre su contrincante, no quería dejarle escapatoria. Con una estocada directa, hundió el metal por debajo de la hombrera, y un chorro de sangre se derramó por la armadura. La herida era profunda y le dejó el brazo debilitado, Kol cayó sentado y rendido sobre el piso, se sacó el casco, y miró a los ojos a su inminente ejecutor, suplicó por piedad.

–Con soldados como yo, eliminaremos toda la escoria del norte, te lo aseguro –retrucó Eros, con ira en la mirada. El gentío incremento aún más sus gritos, y arengaba por la ejecución. Eros sentía la presión del entorno, y acumulaba motivos suficientes para odiar al sujeto que tenía frente a él, sin embargo, era la primera vez que se encontraba en una situación semejante, jamás le había quitado la vida a una persona, y menos a sangre fría.

–Dame una razón por la cual no debería ejecutarte aquí mismo –increpó el joven, apuntando la espada sobre la garganta del sujeto.

–Tengo información que deberías saber –lanzó, inesperadamente. Eros lo observó extrañado, y le hizo un gesto para que procediera.

–El reino del oeste será invadido por el norte –anunció, agitado y nervioso.

–Eso no es novedad, siempre existió esa amenaza –retrucó, y hundió unos milímetros la espada en la carne.

–Sí, pero esta vez es un hecho, yo sé cuándo se llevará a cabo, intenté hacer un trato con el rey, pero no hubo acuerdo. Si me matas, ya nadie lo sabrá –respondió, y se quedó expectante, jugando su última carta. Eros se sorprendió con la respuesta, pensó que no podía dejar pasar esa información, además no quería convertirse en un asesino, ese hombre ya estaba rendido.

–¡Acepto! –dijo, y quitó la tensión de la espada del cuello del comandante. El público abucheó la acción–. Ahora habla –indagó, ansioso.

–El ataque será ejecutado en el próximo aniversario del reino del oeste, serán sorprendidos durante la celebración –respondió, y Eros lo miró incrédulo. El comandante insistió más incisivo–. Soy un prisionero, no tengo donde escapar, no tendría sentido mentirte. ¡Te lo juro! –concluyó, convincente.

–Y yo te juro que, si no es verdad, te mataré en tu propia celda –retrucó, y retiró definitivamente la espada del hombre.

15

La prueba de la destreza había quedado atrás, y con ella, aquel evento que se había cobrado la vida de varios reclutas, que no habían podido superar el duelo a muerte. Los sobrevivientes habían quedado a un paso de superar el reto final, y, a los pocos días, el momento más trascendental de sus vidas, al fin, se hacía presente.

Los aprendices estaban a punto de convertirse oficialmente en guerreros de la guardia real. Tan sólo restaba superar el último tramo, la tercera prueba, la cual evaluaría la lealtad de cada guerrero hacia su reino.

Con la primera luz de la mañana, y frente al lago de los dioses, veinte reclutas se encontraban en formación, a punto de jurar su lealtad a la guardia real, un juramento que demandaría una entrega absoluta a la defensa del reino del Sur. Sigurd dirigía el acto, ante la presencia de una comisión de ancianos sabios, y la máxima autoridad de la guardia real, el capitán Klaus.

Una vez más, el lago de los dioses sería testigo de este acto honorable y centenario, donde un grupo de hombres, por voluntad propia, dedicarían sus vidas al servicio de la comunidad. Aquel escenario sagrado albergaba un valor espiritual inigualable para la civilización del sur, ya que en sus aguas descansaba esparcida la sangre de valientes guerreros caídos en la batalla, y en sus orillas decenas de rituales y ceremonias habían sido realizados en honor a los dioses y las almas ancestrales.

Sobre un altar construido con piedra caliza, reposaba el manifiesto de la guardia real, una reliquia conservada desde épocas antiguas. El documento describía los mandamientos que un hombre debía cumplir para aspirar a ser un guerrero real, y pertenecer a la elite de caballeros. Antes de iniciar la jura, Sigurd dedicó algunas palabras a los futuros guerreros.

–Con este juramento quedará sellado un compromiso con la guardia real. Luego nada será como antes, ustedes renunciarán a sus propios intereses para unirse a un bien mayor. Respetarán y aceptarán las órdenes de sus superiores, sin cuestionamientos ni insubordinaciones.

»Tras la jura deberán superar la tercera prueba, una demostración de lealtad. Ya no será una mera evaluación, sino una instrucción a acatar, y con el cumplimiento se convertirán oficialmente en guerreros de la guardia real. Si alguno no está convencido de avanzar, esta será la última oportunidad para arrepentirse. Luego, cualquier incumplimiento, será considerado un delito, y deberán pagarlo en prisión –concluyó, e increpó a cada uno de los jóvenes con una mirada profunda. Era la última vez que se dirigiría a ellos como reclutas, tras la jura, dejarían de ser sus discípulos, y serían considerados servidores de la guardia real, un estadio previo a la tercera prueba, a convertirse en guerreros reales.

»Deseo que todos den este paso con orgullo, juren su lealtad, y que los dioses sean testigos de este honorable acto –dijo Sigurd, solemnemente, y fueron sus últimas palabras a cargo de la unidad de aprendices.

Como era de esperar, ninguno de los jóvenes dudó en continuar. Uno a uno, cada recluta rindió juramento, con la mano derecha sobre el manifiesto de la guardia real, y la izquierda en el pecho, sobre el corazón. Al finalizar la ceremonia, Klaus tomó la iniciativa. Desde ese momento, los flamantes servidores ya le debían obediencia. El mismo se encargó de dar las directivas para llevar a cabo la tercera prueba, y la primera orden.

–Servidores, deberán realizar un acto de lealtad –exclamó Klaus, mientras caminaba de una punta hacia la otra. Tras pisar sus propias huellas una decena de veces, retomó el discurso–. Realizaremos una ceremonia de iniciación, y ustedes ejecutaran un sacrificio para honrar a los dioses, y obtener así, su protección en la batalla. Las aguas del lago de los dioses se bañarán de sangre, y en sus manos retendrán el honor, la fortaleza y el dolor de ese momento como un estigma imborrable. Deberán cumplir con esta orden, tendrán que demostrar la lealtad de un guerrero, y ser resistentes. Tal como lo afirma el manifiesto de la guardia real, el corazón de un guerrero debe ser fuerte como el hierro –dijo, y dejó de caminar, miró en dirección a la formación, pero con la vista perdida en el horizonte.

»Deberán sacrificar una parte de ustedes, el apoyo que los acompañó durante el camino de aprendizaje. Esta noche, frente al lago de los dioses, tendrán que liberar el alma de su auxiliar de entrenamiento. Estos animales ya tienen una edad avanzada, y no serán de utilidad a futuro, su mantenimiento es un gasto innecesario en estos tiempos de crisis. Este sacrificio será una muestra de lealtad y obediencia a su superior, y una ofrenda a los dioses. Será una tarea dura, pero deberán saber que, desde este momento, nada será sencillo en sus vidas. Recuerden que el valor de un guerrero se mide en la adversidad. Los espero esta noche en la ceremonia –dijo, y dio la orden para que rompieran la formación.

Eros, aún sorprendido, reflexionaba sobre las palabras del capitán, y el eventual sacrificio del animal. Consideraba que la prueba de lealtad era demasiado perversa. Jamás haría una cosa así con Agatha, a pesar de que estuviera su carrera militar en juego. Sintió la necesidad de oponerse, y plantear su opinión, pero, de inmediato, tomo conciencia que ya era miembro de la guardia real, y su obediencia debía ser absoluta. Un cuestionamiento a la autoridad sólo le traería perjuicios. Se sentía contrariado, sabía que no estaba dispuesto a realizar tal sacrificio, pero tampoco quería perder la oportunidad de cumplir su sueño, jamás había estado tan cerca de convertirse en un guerrero real.

16

Habían pasado varias horas de la jura de reclutas, y Eros deambulaba en una de las ferias del pueblo. La muchedumbre se aglutinaba en pasillos angostos, y el bullicio era constante. Los comerciantes persuadían al público para que compren sus mercancías, y ponían en práctica todo tipo de artimañas para atraer a los clientes, como encantadores fascinando a las serpientes. Era un contexto de comercio hostil, producto de la escasez de alimentos y la crisis económica de la región. Los puestos se mostraban abarrotados de objetos inútiles, en su mayoría, artículos personales que intentaban canjear a cambio de algunas monedas que les salvaran la jornada.

Eros compró algunos cereales y vegetales disecados, víveres que le recordaban a su infancia, cuando, junto a su padre, recorrían grandes distancias en busca de oportunidades, aquellas provisiones eran ideales para enfrentar largos viajes. Mientras caminaba, trataba de ordenar la mente, pero sus pensamientos recorrían un laberinto. Sentía satisfacción por estar a un paso de unirse a la guardia real, pero, a su vez, la prueba de lealtad anunciada por Klaus esa misma mañana, le provocaba una gran contradicción. Trataba de encontrar el modo de continuar con su carrera, y evitar el sacrificio de Agatha. Parecía una encrucijada difícil de resolver, en medio de la confusión, el impulso de huir surgía en el horizonte, aún como una idea remota e incipiente.

Le urgía alcanzar algo de serenidad, inmediatamente pensó en Elena, su amiga fiel y confidente, pero, como de costumbre, resultaba una travesía encontrarse con ella. Necesitaba su consejo, así que se propuso dirigirse al castillo, a pesar de que su ingreso estaría restringido. Decidido, ideó una estrategia, temeraria, aunque prometedora, para alcanzar su objetivo. Pretendía vulnerar el acceso durante el cambio de guardia, simulando un reemplazo. Todavía poseía en su poder parte del uniforme, una cota de malla y el peto, los conservaba desde la tarde en que se había apostado en la torre del homenaje. Sin pensarlo dos veces, enfiló hacia el castillo.

Llevaba la armadura calzada, estaba incompleta, pero a simple vista parecía un guardia en servicio. Su apariencia fue suficiente para atravesar el acceso principal del castillo, pero al llegar a la torre del homenaje, debió poner en juego algo más de astucia para continuar con el plan.

Un soldado se encontraba apostado en la puerta, Eros esperó hasta que faltaran apenas minutos para el cambio de guardia, conocía el manejo interno. Luego se aproximó para convencerlo de que le cediera el puesto. Se paró frente al guardia, e hizo un saludo formal. Antes de emitir palabra, se sintió inhibido por la reacción del sujeto. Lo miró de arriba a abajo, con gesto de desaprobación, aparentemente, advertía que su uniforme no era el adecuado.

–Me designaron para relevar tu puesto. Pertenezco a la nueva promoción de soldados, acabó de jurar lealtad a la guardia real –anunció, justificándose.

–¿Quién te envió para relevarme? ¿Es tu primer servicio?, no voy a cederle el puesto a un novato –respondió, su actitud era intimidante.

–No soy un novato. Tampoco es mi primer servicio, ya estuve apostado en la torre del homenaje, y también me enviaron a explorar el bosque encantado. ¿Sabés cuantos han superado esa misión? –retrucó, intentaba ganar algo de respeto.

–Oí algo de eso, ¿tú eres el recluta que sobrevivió a la primera prueba? –indagó, sorprendido, su gesto recio cambiaba de un momento a otro.

–¡El mismo! –respondió con orgullo. Aquella odisea en el bosque resultaba algo más que una gran hazaña, se convertía en su carta de presentación.

–¿Es verdad que te enfrentaste al dragón rojo? –preguntó, interesado, las buenas historias se escurrían con rapidez en el pueblo. Eros no era un hombre popular en el sur, pero su aventura ya era parte de un mito.

–No te preocupes por los dragones rojos, hay peligros que son mucho más aterradores ahí adentro. Tal vez te pueda contar más en la taberna algún día, pero ahora tengo una responsabilidad que cumplir –dijo, e hizo un gesto para que le cediera el puesto. El guardia asintió, y le entregó la alabarda que sostenía como defensa. Mientras se retiraba, observó a Eros por última vez. Se extrañó al ver sus pies calzados con unos zapatos de cuero ordinarios, sin protección, en lugar de las botas reforzadas con hierro, típicas de un soldado. Eros advirtió la sorpresa del guardia, e intentó minimizar el descuido.

–Con todo esto de la jura, me distraje, y olvidé mis botas –se excusó con una sonrisa, y el guardia le devolvió el gesto.

–¡Novatos! –exclamó, y se retiró meneando la cabeza.

La puesta en escena había dado resultado, Eros se adueñó de los últimos minutos del servicio de ese hombre. Al cabo de la guardia, se presentó el verdadero reemplazo, y el joven le cedió el puesto sin levantar sospechas. Finalmente, pudo sortear el ingreso a la torre del homenaje, tal vez, debería rendir cuentas por ese acto en un futuro, pero, al menos, tuvo éxito en esta instancia.

Avanzó discretamente por los escalones que llevaban al salón principal. El joven ya había estado en ese recinto cuando había sido invitado, junto a Sigurd, al banquete del rey. Recordó las humoradas de Gregor en relación a su hija, aquellas ironías habían sonado a serias advertencias, y se le erizó la piel de sólo pensar que pudiera descubrirlo merodeando los pasillos en busca de Elena. Vaciló un instante, pero se incorporó rápidamente para no demorarse.

Ascendió por las escaleras hacia el siguiente piso, y se encontró con los aposentos reales. Jamás había estado en ese sector, la adrenalina le brotaba por los poros. Debía tener mayor cautela, de ser advertido por un guardia, no tendría excusas para justificar su presencia en el lugar.

Se internó varios pasos a través del pasillo central, tratando de hallar algún indicio que lo condujera a la princesa. En el lugar sobresalía el lujo y el esplendor en la decoración. Contra la pared se encontraba amurado un sofisticado soporte de lanzas y espadas, el acero de las armas resplandecía con la luz solar. Al lado de la estructura, sobre una tarima de hierro reforzada, posaba la armadura completa de un guerrero de la guardia real. Eros pensó que aquella figura podría prescindir de su yelmo por un momento. En una maniobra rápida y audaz, tomó el casco y se lo colocó sigilosamente. El hierro tuvo un calce perfecto, y su aspecto general quedó mucho más acorde al de un guardia, y, lo más importante, su identidad permaneció más reservada. Más relajado, continuó adentrándose por el corredor.

La puerta de una de las habitaciones se abrió repentinamente, y dos mujeres se hicieron presentes. Ambas vestían con elegancia y, avanzaron de espaldas a Eros, unos metros por delante de él, sin advertir su presencia. Dialogaron por lo bajo durante algunos segundos, hasta que una de ellas se adelantó, y tomó distancia perdiéndose en el final del pasillo. La otra mujer llevaba un paso más lento, Eros, atento, trataba de pasar inadvertido. Antes de alcanzar el final de la galería, inesperadamente, la dama detuvo su marcha, y se volteó, se mostraba pensativa y dubitativa, con la cabeza gacha. Volvió sobre sus pasos algunos metros, y al aproximarse a Eros, alzó la mirada ante su presencia. Entre los surcos de la visera del yelmo, el joven pudo identificar a la mujer, se trataba de Elena. La princesa lucía un bello vestido de seda color rojizo, entallado a la cintura, con largas mangas y un escote pronunciado. Llevaba su cabello cobrizo recogido entre trenzas con una delicada diadema con pequeños brillantes. La joven se veía increíblemente hermosa, y resplandecía como una fina joya en el salón.

Eros conocía otro lado de Elena, a la muchacha sencilla y desenfadada que le regalaba, a escondidas, atardeceres a orillas del lago, con el cabello desatado e informal. Esa mujer autentica y espontánea, amante de los caballos y la naturaleza, parecía ocultarse tras esa figura inmaculada y esplendida, pero envuelta en un frío protocolar.

Por un instante, se mantuvo preso de la imagen cautivante de la princesa, al escapar de su estupor, se dirigió a ella. Deslizó la visera de hierro por encima del yelmo, y exhibió parte del rosto. La princesa lo observó confundida, y pudo descifrar su identidad.

–¡Eros! ¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó, sorprendida por su presencia en el castillo.

–Necesito hablar contigo, es importante –respondió, con seriedad.

–No podemos estar acá, ven conmigo –dijo Elena, y le indicó para que la acompañara. Atravesaron una nueva galería, e ingresaron a una habitación repleta de estanterías con libros de todo tipo. Eros jamás había visto algo semejante, aquello, sin dudas, se trataba de la biblioteca de los ancianos sabios, de la que tanto le había hablado Elena. El lugar era mucho más privado que el espacio anterior, y allí, más seguros, pudieron retomar el diálogo.

–Ahora sí, me puedes decir ¿por qué estás aquí? –indagó nuevamente, sus ojos mostraban nerviosismo, la situación la ponía incomoda.

–Sé que es arriesgado, pero necesito resolver un problema, y no sé qué hacer, ¿puedo contar contigo? –preguntó, con tono dramático. Elena notó su preocupación, y cambió su actitud, se mostró más compasiva. También le reconfortó que acudiera a ella, se sintió considerada.

–Por supuesto, ya dime qué sucede –dijo, y quedó a la expectativa.

–Esta noche se llevará a cabo la tercera prueba, es una demostración de lealtad, para eso tendremos que realizar un sacrificio –anunció, y se hizo un pequeño silencio–. ¡Nos pidieron que sacrifiquemos a nuestros caballos! Agatha es mucho más que un auxiliar de entrenamiento, yo no puedo hacer esto –exclamó, y se le entrecortaron las palabras por la emoción.

–Lo lamento mucho, sé lo difícil que sería para ti – expresó, conmovida.

–De haberlo sabido, jamás me hubiera incorporado al grupo de reclutas. Ahora es demasiado tarde, si no cumplo con mi deber seré castigado, y, tal vez, terminé en una prisión. ¿Tú no sabías de esto? –cuestionó, confundido. Suponía que la princesa debía estar informada al respecto.

–Son comunes los sacrificios en las ceremonias de iniciación, pero no imaginé que les pedirían que sacrifiquen a sus propios auxiliares de entrenamiento. No sabía nada de eso.

–No puedo rendir la tercera prueba en estas condiciones, pero tampoco quiero terminar en prisión –anunció, pensando en voz alta.

–Eros, no tienes alternativa, ¿qué harás entonces? ¿huir? –dijo, irónicamente. Pero el joven asintió con la mirada, y dejó entrever que aquella idea absurda tenía cabida en su mente.

–¿Qué estás pensando? ¡Sería una locura! –increpó la princesa, no podía aceptar, ni siquiera, que lo tuviera en consideración. Inmediatamente, trató de buscar una salida, y una extraña solución se le cruzó por la mente.

–Se me ocurre algo… –dijo, y llenó de intriga el rostro de Eros–. En el establo real hay un caballo que está muy enfermo, sé que lo van a sacrificar pronto. Su cuadro es irreversible. Tal vez, podríamos reemplazarlo por Agatha, su apariencia es similar, y simularías que es tu auxiliar de entrenamiento.

»¡Podríamos salvar a Agatha! y tú cumplirías con el sacrificio, con un animal que, de todos modos, ya está sentenciado –lanzó, y Eros se quedó pensativo. La propuesta era interesante, pero no terminaba de convencerlo.

–Es una buena idea, pero arriesgada, y creo que se darían cuenta. La prueba consiste en demostrar lealtad. Ellos pretenden que hagamos algo valeroso para superarla, se asegurarán de que sea el verdadero auxiliar de entrenamientos.

–Deberíamos intentarlo de todos modos, aunque con mayores recaudos. Tú podrías presentarte con Agatha, para evitar sospechas, y yo aguardaría por el intercambio. Lo resolveríamos en el momento oportuno. Luego, yo me iría con Agatha y tú procederías con el otro caballo. No puede fallar, no se darían cuenta –anunció, con los ojos llenos de expectativa. Eros se ilusionó con la propuesta, mientras contemplaba el rostro reluciente de la princesa.

–¡Perfecto! Haremos eso mismo. Me diste esperanza –respondió, no podía ocultar su alegría.

En ese instante, otras personas ingresaron a la biblioteca, y Eros y Elena enmudecieron.

La princesa reaccionó rápidamente, y lo tomó de un brazo. Ambos se escondieron en un espacio angosto formado entre dos estanterías, donde se estrecharon para no ser advertidos. Sus cuerpos se enredaron, y permanecieron juntos e inmóviles. A pesar del riesgo y la tensión, la proximidad era intrépida y sugestiva.

Oyeron voces entablando una conversación, en principio se trataba de, al menos, un par de hombres. No tuvieron más opción que aguardar, en silencio, por el desenlace.

–El comandante Kol tenía información valiosa para decirnos, pero Gregor se dejó llevar por su temperamento. Ahora es demasiado tarde –anunció, preocupado, uno de los hombres.

–El maldito se ahorcó, ahora jamás sabremos lo que tenía guardado –respondió otro, asintiendo. Luego dijeron algunas frases más en voz baja, pero ya no fueron perceptibles desde la posición de los jóvenes. De todos modos, había sido suficiente, Eros sabía de qué estaban hablando. Se sorprendió al conocer que el comandante del norte se había quitado la vida. Estaba claro que aquella revelación había sido algo más que una mera especulación para que le perdonara la vida, anunciaba hechos que acontecerían realmente. Ahora, él sería el único poseedor de la información obtenida en el final de esa pelea. Sentía una gran responsabilidad por ello, deseaba transmitir la noticia a las autoridades de la guardia real, pero, en vísperas de la ceremonia de iniciación, y la ejecución de un plan incierto, era conveniente pasar inadvertido.

Los hombres continuaron hablando por algunos minutos más, y luego se marcharon, tal como habían entrado. Eros y Elena se miraron al mismo tiempo en un gesto de alivio, y, por un instante, permanecieron atados a esa mirada, la misma que los había atraído a orillas del lago. Eros recordó ese encuentro y el momento en que se habían besado, y no pudo evitar el deseo de repetirlo. Se quitó el casco dejando su rostro al descubierto, se inclinó hacia ella e intentó besarla, como aquella vez. Elena dio un paso hacia atrás, y tropezó con una de las estanterías, varios libros se desacomodaron y otros cayeron al piso. El sonido fue estrepitoso como para dejarlos expuestos, nuevamente.

–Seguro vendrán a inspeccionar, tenemos que irnos, es muy peligroso para ti –dijo, preocupada, la situación la superaba, la aparición de nuevas personas era una amenaza inminente, pero aún más, la intensión de Eros por besarla–. Por favor, retirate ahora, no puedes permanecer aquí, hablaremos en otro momento –concluyó, nerviosa. Eros la observó afligido, y, en silencio, enfiló hacia la puerta.

–¡Eros! –dijo la princesa, antes de que se fuera de la habitación.

–Princesa –respondió el joven, algo molesto.

–Resolveremos lo de Agatha, te veré en la ceremonia. No resignes la oportunidad de unirte a la guardia real, es por lo que has peleado siempre.

–Tienes razón, debo enfocarme en eso. Gracias por tu ayuda –dijo, y se colocó el yelmo. Sin más comentario, abrió la puerta, y abandonó la biblioteca.

Finalmente, se retiró del castillo con la misma perspicacia con la que había ingresado, pero con sensaciones diferentes.

CAPÍTULO IV

— La lealtad —

17